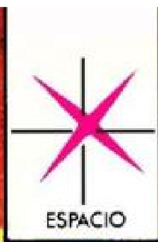


GUERRA TELEPATICA

LAW SPACE

LAW SPACE

GUERRA TELEPÁTICA

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

Portada: CARLOS PRUNÉS

Depósito Legal: B. 40.890-1970

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

UNA CHARLA IMPRESCINDIBLE

Autor. — *Ya estamos otra vez, querido lector, reunidos en la dimensión de esta especie de prólogo.*

Lector. — ¿Con *qué motivo, amigo, Law Space?*

Autor. — *Con el de charlar. Siempre he preferido hacerlo, en vez de acosarle con un prólogo de los que están de moda, repletos de conceptos ambivalentes, enigmáticos y, al fin y a la postre, huecos.*

Lector. — *También prefiero yo charlar con usted.*

Autor. — *Eso me complace. Hoy, antes de que empiece a leer la novela que sigue, permítame decirle que NO DEBEMOS HACERNOS ILUSIONES.*

Lector. — *¿A qué se refiere?*

Autor. — *A lo de siempre. Usted y yo, que hemos conversado algunas otras veces, no hemos hablado más que de temas de «futuro», de «anticipación». Al decirle que NO DEBEMOS HACERNOS ILUSIONES, me refería a que empezamos a fiamos demasiado de nuestros avances técnicos. Ésa es mi cabeza de turco: el estúpido engreimiento del Hombre, ante lo que va proporcionándole su inteligencia.*

Lector. — *Lo entiendo; siga, por favor.*

Autor. — *Con mucho gusto. Ya sabe usted— ¿quién no lo sabe*? — *que el primer satélite artificial está girando alrededor de nuestro planeta, demostrando, de una manera inequívoca, que acabamos de pasar de la Era Atómica a la ERA INTERPLANETARIA.*

Lector. — *¿Y no es ése un motivo de legítimo orgullo para la raza humana?*

Autor. — *Indudablemente. Yo también me siento orgulloso y deseo, como el resto de los humanos, que la ciencia siga avanzando rápidamente, que el viaje a la Luna sea una realidad inmediata y que la astronave que nos lleve a Marte empiece a construirse inmediatamente. Es posible que cuando la atención de la humanidad se vierta hacia el espacio, olvide las bajas y repelentes querellas de aquí abajo…*

»Pero, mientras llegan esos estupendos momentos deseo que reflexione sobre lo que ha podido escribirse respecto a la posibilidad de una invasión extraterrena, realizada por seres procedentes de cualquier lugar del espacio.

Lector. — *¿No le parece, señor Space, un tema demasiado manoseado?*

Autor. — *¡¡Nunca!! Recuerde el significado de la palabra*

ANTICIPACIÓN. No me cansaré de repetir el ejemplo Jules Verne. El genial francés se «anticipó», ¿no es verdad?

Lector. — *Sí, pero...*

Autor. — *Perdone. Ya sé que va a decirme que las «anticipaciones» de Verne encajan en las posibilidades técnicas del Hombre. Estoy perfectamente de acuerdo con usted; pero, ¿no eran locas fantasías cuando él las creó?*

Lector. — *Sí.*

Autor. — *Por eso hay que andar con cuidado. Muchas de las «locuras» que hoy leemos y que nos hacen sonreír, casi con conmiseración para quien se atrevió a escribirlas, PODRÁN SER REALIDAD, en un futuro más o menos lejano.*

Lector. — *Eso parece indudable.*

Autor. — *Y lo es. Hay que ser estúpidamente necio para limitar la habitabilidad del universo a nuestro planeta. Lo he repetido tantas veces, que llega a parecerme monstruoso el tener que repetirlo. La misma grandiosidad de la Creación parece atentada por ciertas manifestaciones de espíritus estrechos.*

Lector. — *Estoy con usted.*

Autor. — *Ya lo sé, querido amigo. Usted no puede dejar de estar seguro de la existencia de vida e inteligencia en la anchurosa dimensión del cosmos. Es indiscutible. También entra dentro del terreno de la probabilidad, rozando la más auténtica certeza, que otros seres, más o menos inteligentes que nosotros, pueden estar preparando sus viajes estelares o los dominan ya.*

Lector. — *También estoy de acuerdo.*

Autor. — *Pues ya hemos llegado al núcleo de esta charla. Vamos a imaginar que el temor literario de tantos autores y de tanta gente —sobre todo desde la aparición de los platillos volantes— sea una realidad. Ahí viene lo de NO DEBEMOS HACERNOS ILUSIONES.*

Lector. — *¿Por qué?*

Autor. — *Porque, sencillamente, TODOS ESPERAMOS LA LLEGADA DE SERES INTERPLANETARIOS. Es como una obsesión colectiva, hasta como un deseo que plasman los autores de obras de anticipación. Ahora bien, usted convendrá conmigo que, dentro de las descripciones fantasiosas que haya podido leer, los futuros invasores de la Tierra: marcianos, venusianos, jovianos o seres procedentes de más allá de las fronteras del Sistema Solar o de la galaxia a la que pertenecemos, poseen UNA MATERIALIDAD; es decir, monstruosos o semejantes a nosotros, TIENEN CUERPO.*

Lector. — *¿Es posible imaginarlos de otro modo?*

Autor. — *Desdichadamente, sí. Y digo «desdichadamente» porque hasta a mí, que he creado la fantasía que va usted a leer, me repele un poco la idea que se me ha ocurrido.*

Lector. — *¿Tan escalofriante es?*

Autor. — *No es ése un adjetivo que pueda calificarla. En realidad, tendríamos serias dificultades para definirla.*

Lector. — *¡Me está usted poniendo los pelos de punta!*

Autor. — *No se preocupe; después de todo, lo que va a leer es solamente una fantasía literaria, una novela más de las muchas que ha hojeado usted. No es eso lo que me preocupa, puesto que lo más seguro es que, al acabar el relato, sonría usted incrédulamente, y me trate de exagerado y de otras cosas. No, amigo mío: lo que me preocupa, hasta estremecerme, es pensar que haya «anticipado». ¿Comprende?*

Lector. — *A medias.*

Autor. — *En seguida lo entenderá. Ya le he dicho antes que, por muy alocada que parezca una fantasía, EXISTEN PROBABILIDADES DE QUE SE PRODUZCAN REALMENTE. Ese es el temor que todo autor consciente ha de tener cuando se pone a crear. Porque la vida la Historia nos han demostrado ser, a veces, mucho más caprichosas que los autores. Y por eso, sencillamente por eso, pienso, al escribir si no estaré «anticipando» una realidad más o menos futura.*

Lector. — *Creo, sinceramente, que exagera usted un poco su responsabilidad, señor Space.*

Autor. — *¡Ojalá esté usted en lo cierto! Dormiría tranquilo, palabra de honor.*

Lector. — *¿Tan inverosímil es «GUERRA TELEPÁTICA»?*

Autor. — *No es sólo su inverosimilitud, amigo lector. Es el problema que puede plantear a una humanidad futura, a unas gentes que lo han logrado todo, o casi todo, que están orgullosos de sus triunfos técnicos, que ven ante ellos, sin temor alguno, una época de esplendoroso porvenir, que se imaginan dueños del espacio... Y QUE NO ESTÁN PREPARADOS PARA LUCHAR CONTRA LO IMPOSIBLE.*

Lector. — *¿No existen armas adecuadas para esa lucha?*

Autor. — *Sí, pero están tan poco desarrolladas, que no he podido por menos de dar mi voz de alarma: «¡NO DEBEMOS HACERNOS ILUSIONES!» No tenemos suficiente con nuestros átomos domeñados, con nuestros cohetes y satélites. Hemos de desarrollar todo lo que yace en NUESTRAS MENTES, hacerlas poderosas como nuestros cañones atómicos. Debemos preparamos, porque hemos vivido de ilusiones, creyéndonos lo más perfecto del cosmos. Y LA LLEGADA DE SERES SUPERIORES puede sorprendernos, haciendo inútiles todos nuestros avances técnicos.*

»Empiece a leer, amigo lector. Y muchas gracias, por su atención. Perdone este abuso de confianza, aunque estoy seguro de que esta charla nos agrada, tanto a usted como a mí.

Law Space

Capítulo primero

Empezó todo por aquella absurda llamada telefónica. En realidad, la señora Podgie, de Los Ángeles, tardó muchísimo tiempo en recordar que la había hecho y aun así, jamás pudo explicarse el porqué.

Lo cierto fue que la señora Podgie, a las nueve y cuarenta de la mañana, se secó los brazos, que tenía manchados de la harina con la que hacía el plato preferido de su esposo y, saliendo de la cocina, se dirigió al vestíbulo, donde pendía de la pared el aparato telefónico.

La buena señora marcó el FD-89-64, de la ciudad, con una seguridad sorprendente; luego, cuando la voz masculina llegó a ella, con el característico:

— *¡Hello!*

— ¿Es míster Turmie, el pirotécnico?

—Sí, soy yo. ¿Quién llama, por favor?

— Una vecina suya, míster Turmie. Su esposa se ha puesto repentinamente enferma. Debe venir usted en seguida.

— ¿Qué ha podido ocurrir a Cath, Dios mío? ¡Esta mañana la dejé espléndidamente!

—Venga en seguida, míster Turmie. El asunto es grave. Adiós.

— Muchas gra...

Pero la señora Podgie había cortado y con la misma parsimonia, tornó a la cocina y hundió, con una sonrisa de satisfacción, sus rollizos brazos en la harina...

* * *

Míster Turmie permaneció unos instantes con el aparato en la mano, sin saber qué hacer. Después, sin pensar en nada más, corrió hacia el fondo de la tienda.

— ¡Edward! —llamó.

Un muchacho, de unos quince años, salió del fondo del laboratorio.

— ¿Qué desea, señor?

—Deja lo que hacías y sal a la tienda. He de ausentarme rápidamente. Mi esposa se ha puesto súbitamente enferma.

—Espero que no sea nada.

—Gracias. Volveré lo antes posible. Si no estoy aquí a la una, cierras y te llevas la llave a casa. Ten cuidado con el explosivo que

estamos preparando para la Armada. No lo toques.

—Pierda cuidado, míster Turmie; no tocaré nada.

Salió el pirotécnico, precipitadamente, poniéndose torpemente la gabardina y con el sombrero ladeado.

Edward se situó detrás del mostrador.

Sus ideas se concentraron en el tema que le tenía preocupado desde hacía cerca de una semana.

¡El circo!

Llevaba dos semanas pensando en el circo. Los primeros anuncios habían sido repartidos por correo y Edward se había pasado horas y horas en el fondo del laboratorio, contemplando el fantástico desfile de los animales y la simpática y desgarbada actitud de los payasos.

Pero fueron los domadores, magníficamente ataviados en el interior de las jaulas, cara a las fieras más variadas y feroces del mundo. ¡Aquello sí que era interesante y emocionante a la vez!

Hacía apenas diez minutos que su patrón había salido, cuando oyó un tumulto en el exterior formado, sobre todo, por un griterío infantil formidable.

Irresistiblemente atraído por los gritos, se asomó a la puerta y dirigiéndose al primer muchacho de los muchos que seguían a un hombre que reía, le preguntó el motivo de toda aquella algarada.

— ¡Está repartiendo invitaciones gratuitas para el circo!

Edward sintió que sus piernas flaqueaban. Justamente, el nudo gordiano de sus preocupaciones era el económico. Había cometido la torpeza de comprarse, con sus ahorros, unos patines, la semana anterior y tenía la hucha completamente vacía.

No lo dudó ni un solo instante.

Corrió tras el hombre, abriéndose paso a codazos entre los que se disputaban aquellos papelitos rosados, que significaban tantas y tantas maravillas para ver.

* * *

Anderson era taxista. Desde que se había casado con Lucy, la hija del jardinero de la Base experimental de Astronáutica de Los Ángeles, podía decir que la suerte le había sonreído.

Era todo lo feliz que podía ser un hombre.

Había terminado de pagar los plazos del coche, que ya era suyo y podía decir, con legítimo orgullo, que su taxi era el más limpio y brillante de toda la ciudad. Aquélla era una de las causas que hacían que no le faltase nunca el trabajo.

Puntual, serio, excelente conductor, no desaprovechaba una sola ocasión para realizar un trabajo que dejaba complacidos a los

clientes. Nunca se le veía perdiendo tiempo en los bares y cuando entraba en uno de esos establecimientos, se limitaba a tomar un «sándwich» y una cerveza, pues aprovechaba todas las horas del mediodía para realizar los beneficiosos trayectos de las estaciones y aeródromos.

Indudablemente, si aquel día aciago le hubiesen preguntando el motivo de su anormal conducta, le hubieran colocado en un serio aprieto. Porque, como el resto de los peones que inauguraron aquella fatal partida de ajedrez, que fue el comienzo de la calamidad del planeta, no volvió a recordar lo que había hecho en aquella hora y media que empleó en realizar algo verdaderamente fantástico.

Acababa de dejar un cliente habitual en el centro de la ciudad y ya le llamaba un hombre, a la puerta de un hotel, cuando, extraordinariamente, puso en marcha el vehículo, sin hacer caso de las protestas del hombre, y condujo, a una velocidad ciertamente exagerada, hacia la periferia de la ciudad, deteniéndose ante una tienda en el justo momento que un joven de unos quince años, de mirada despierta, corría detrás de un hombre que iba rodeado de un enjambre de chiquillos.

Anderson bajó del coche, penetró en el establecimiento sin la menor duda, contorneó el mostrador y se adentró hacia la trastienda, como si se hubiese pasado la vida en aquella casa.

Luego, ya en el laboratorio, tomó un maletín negro y de bordes desgastados, colocó en su interior unas cajas sobre las que se veía escrita la palabra «PELIGRO» y tras cerrar el maletín, salió tan tranquilamente como había entrado.

No acababa de cerrar la portezuela del taxi cuando el chico de la tienda regresaba ufano, con un papelito rosa fuertemente apretado entre sus dedos.

Anderson puso el coche en marcha y recorrió las seis millas que le separaban de la base donde trabajaba su padre político, deteniéndose junto a un extremo de la verja, justo cerca de donde trabajaba el anciano.

Éste dejó las tijeras con las que cortaba unos macizos, alineando su parte superior y se acercó a la verja.

— ¡Hola, hijo! ¿Traes eso?

—Sí —repuso el otro, pasándole el maletín.

—Hasta luego.

Y cuando el taxi desapareció, el viejo Thomas caminó hasta donde trabajaba escondiendo el maletín en el interior de un macizo de densos arbustos.

Luego siguió trabajando, como si nada.

En realidad, en cuanto cogió las tijeras de podar, olvidó todo lo

que acababa de suceder y si alguien le hubiese dicho que su yerno acababa de entregarle un maletín negro y usado, lo hubiera tratado del peor de los embusteros.

A la una, la potente sirena de la base dejó oír su prolongado ulular y los dos mil obreros que trabajaban en aquel hormiguero fabuloso, salieron corriendo hacia los parques de aparcamiento donde, apoderándose de sus vehículos, tomaron la autopista central que conducía a la ciudad.

Thomas se secó el sudor de la frente —la mañana era espléndida y anunciaba una primavera sin precedentes—, dejó sus herramientas en el suelo y se dirigió sin la menor vacilación al matorral donde había escondido el maletín.

Conocía el parque mucho mejor que su propia casa y tomó una serie de sendas por las que podía caminar tranquilo, ya que nadie, ni desde las torretas de observación, podía verle. Luego, al llegar junto al edificio principal, siguió hasta detenerse en uno de los sistemas de aireación: una especie de tremendos embudos que comunicaban con los talleres subterráneos.

Abrió el maletín, sacó las cajas, que unió con una cuerda que extrajo de uno de los bolsillos, teniendo sumo cuidado en dejar una caja, marcada con una raya amarilla, en la parte externa del paquete que acababa de hacer.

Después, rompiendo el papel amarillo, dio cuerda a una manivela que tenía toda la apariencia de la de un reloj.

Dejando caer todo por uno de los embudos, tornó a coger el maletín y se dirigió, tranquila y pausadamente, hacia el lugar donde estaba trabajando.

* * *

Hacia las dos de la tarde, la ciudad de Los Ángeles se estremeció, como si se viese sacudida por un fenómeno sísmico. Allá lejos, en la Base de Astronáutica, una nube gigantesca trepó perezosamente hacia el cielo.

Cientos de miles de cristales saltaron en los edificios de la ciudad. El pánico se apoderó de la gente y hubo numerosos accidentes de tráfico, ocasionados por el terror de los peatones y el susto de los conductores.

A las tres y media, todo había pasado.

Las emisoras de televisión empezaron a dar las primeras noticias a la caída de la tarde. Una rigurosa censura militar les obligó a disminuir la real importancia de la catástrofe. Además, siendo el número de víctimas relativamente pequeño, se pudo hacer comprensible la tesis oficial, que redujo la hecatombe a un

accidente en la sección de maquinaria.

Naturalmente que nadie hizo caso, durante los dos días que siguieron a la catástrofe, de la pequeña sección de sucesos, ya que las primeras planas de los periódicos dedicaban sus titulares a la catástrofe de la base.

Pero tampoco puede echarse la culpa a los investigadores que habían llegado directamente de Washington y a la cabeza de los cuales estaba Warner Collier, un verdadero especialista en sabotajes y acciones de grupos extranjeros.

¿Cómo podía imaginar Warner que la explicación de aquel misterio estaba en la crónica de los pequeños sucesos locales?

Por ejemplo: un tal míster Turmie se había suicidado, sin dejar nota alguna que explicase su tremenda solución. Y un pobre tipo, llamado Purkins, fue detenido por la policía por repartir falsas invitaciones gratuitas para la primera función de un circo que tardaría tres semanas en llegar a Los Ángeles.

Todo aquello y una serie de pequeños problemas personales, como la tristeza de un chico llamado Edward, que se pasaba las horas muertas, mirando una falsa invitación de color rosa, la tristeza de la familia de Anderson, el taxista, que había perdido a su padre político en la explosión de la Base y la perplejidad de la señora Podgie, que pasó diez días dudando si había o no hecho una llamada telefónica; todo eso, naturalmente, pasó completamente desapercibido y no fue más que un grupo de pequeños e intrascendentes sucesos de la vida de una gran ciudad; dolores, alegrías y perplejidades que no salieron del ámbito familiar.

* * *

Warner Collier se pasó horas y horas examinando el lugar de la explosión. Los técnicos merodeaban por allí y todos hablaban en voz baja, como si temiesen provocar una nueva catástrofe.

Fred Lipner, el ayudante de Collier, lo seguía como un perro, anotando cuanto le indicaba el otro.

En realidad, la hecatombe había destrozado todo lo que de valor había en la base. Maquinarias costosísimas, cerebros electrónicos y, sobre todo, la astronave que se construía, un artefacto experimental que iba a ser el primer en intentar un viaje, con animales de experimentación, a la Luna.

Había pasado ya la guerra de los satélites, iniciada por la URSS, el 4 de octubre de 1957 y eran ya una docena los cuerpos que giraban alrededor del planeta, pertenecientes a cuatro naciones distintas.

Ahora se trataba de algo mucho más importante.

Las informaciones recogidas por los satélites artificiales habían demostrado la manera de utilizar la colosal fuerza de los rayos cósmicos. Era un arma que daría la supremacía al primero que la consiguiese. Y la solución de aquel fundamental problema de hegemonía estaba en la Luna, el satélite natural, cuyo dominio traería consigo el mando absoluto sobre la Tierra.

Por eso, al conocer la catástrofe acontecida en Los Ángeles, en cuya base tenían puestas todas sus esperanzas, el Pentágono y la Casa Blanca sintieron el terror de haber recibido un golpe mortal.

Todo aquello que había sido destruido en pocos segundos había costado diez años de ímprobos esfuerzos. Y la pérdida de la base, con sus preciosas instalaciones, significaba que cualquier otro país poseería la posibilidad de adelantarse a los Estados Unidos en la conquista de la Luna.

Cuando Warner terminó su detenido examen, hizo un gesto a Fred y ambos salieron al exterior del montón de ruinas en que había quedado reducida la base.

— ¿Qué te parece todo esto? —inquirió Lipner.

—El más fantástico triunfo de los boicoteadores y saboteadores internacionales. Nunca se ha hecho tanto daño a los Estados Unidos.

— ¿Y los culpables?

Warner se encogió de hombros.

— ¿Qué pueden importar los culpables? Aunque los detengamos, no pagarían, con mil vidas que tuviesen cada uno de ellos, el mal que han hecho.

Y después de una pausa.

—El mal ya está hecho. Washington debe estar que arde. La derrota ha sido mucho mayor que si hubiesen bombardeado a Nueva York con bombas nucleares. ¡Estamos irremisiblemente perdidos!

— ¿Y no hay manera de arreglarlo?

—Sí, una: destruir las instalaciones similares que poseen las otras naciones. Pero, además de que el proyecto es casi completamente irrealizable, provocaría sin duda alguna una Tercera Guerra Mundial. ¡Han sido muy listos los que hayan hecho esto!

—Los rusos, ¿verdad?

— ¿Quién puede saberlo? Ya no tenemos tantos amigos como hace diez años. Francia e Inglaterra han logrado independizarse por completo, así como la mayoría de los países europeos. Ya no nos necesitan.

Se les acercó entonces el director de la fábrica destruida.

Era un hombre joven, pero su rostro descompuesto le hacía parecer un viejo. Tenía los ojos hinchados en extremo y las manos le temblaban extraordinariamente.

— ¿Qué piensa usted de todo esto, Warner? —inquirió con voz débil.

—Que es un asunto muy feo, señor Power. ¡Han dado bien en el blanco los granujas!

—Estoy desesperado.

—Lo comprendo. Pero no creo que la cosa sea especialmente grave para usted. Poseemos pruebas evidentes de que el servicio de seguridad funcionaba estupendamente bien. Los cadáveres de los centinelas han sido encontrados en sus puestos respectivos, lo que demuestra que todo estaba en orden. Las células fotoeléctricas contaron perfectamente a los obreros y no existe huella alguna de que ninguno de ellos introdujese nada peligroso sospechoso en la base.

— ¿Cómo explicar entonces lo ocurrido?

—Será un misterio insalubre, señor Power. Por mucho que nos rompamos la cabeza, no lograremos descifrarlo jamás. El trabajo, indudablemente, ha sido realizado de una manera intachable y los que hicieron este sabotaje son verdaderos maestros en su género.

Hubo un corto silencio.

Luego, al ver lo compungido que estaba aquel pobre hombre, cuyo historial era ciertamente magnífico, desde todos los puntos de vista, Warner le puso amistosamente la mano en el hombro.

— No se amargue demasiado, Power; ya no se puede hacer nada. Yo regreso a Washington, ahora mismo, para informar.

Se estrecharon la mano y los dos investigadores se dirigieron al coche que los llevaría al aeródromo.

Capítulo II

El timbre del teléfono resonó con insistencia desconcertante.

Warner se despertó bruscamente, extendiendo el brazo, aún con los ojos cerrados, hasta apoderarse del aparato.

— ¿Hello?

— ¿Collier? ¿Estoy hablando con Warner Collier?

—Sí.

—Aquí Departamento del Estado. Míster Fumigan, el secretario, desea verle inmediatamente.

¡El secretario de Estado en persona!

Warner había reconocido la voz y pegó un verdadero salto, despabilándose de golpe.

— ¡Voy ahora mismo, señor!

—Está bien.

Y colgó.

Warner se vistió a una velocidad tremenda y quince minutos después, tras haber corrido frenéticamente con su coche por las dormidas avenidas de la capital federal, se detenía ante la Casa Blanca, cuya entrada estaba, como siempre, profusamente iluminada.

Un «M.P.» le condujo hasta el despacho particular de Fumigan.

El secretario de Estado era un hombre bastante joven. Sus cabellos, intensamente negros, contrastaban poderosamente con las cejas rubias, casi blancas, que parecían, bajo el efecto de la luz, no existir, dando la impresión de que poseía una frente descomunal, de genio.

—Siéntese, Collier.

El joven obedeció.

—Se habrá extrañado, estoy seguro, de que le llamase a estas altas horas de la madrugada; pero, amigo mío, yo también he sido despertado, hace poco, y he de confesar que me alegro de ello.

Encendió un cigarrillo, después de ofrecer otro a Warner y recostándose en el sillón:

—Cinco Embajadas me han llamado esta madrugada, Collier. Las cinco, por medio de sus agregados militares, me han comunicado la misma sensacional noticia.

— ¿De qué se trata, señor?

—LAS BASES ASTRONÁUTICAS DE TODAS LAS POTENCIAS QUE LAS POSEÍAN HAN SIDO DESTRUIDAS...

— ¡No es posible!

—Eso mismo fue lo que yo pensé. Me pareció estar oyendo visiones, si puedo utilizar esa frase. Me hice repetir el mensaje. Lo hice traducir por tres sistemas distintos. Examinamos la autenticidad de las claves, pedimos confirmación media docena de veces; en fin, obramos como una banda de chiquillos que acaban de encontrar, en medio de la calle, un billete de cien dólares y no pueden dar crédito a los ojos.

— ¡Pero eso es maravilloso, señor!

—Por el momento, sí; en efecto, es la mejor noticia que podíamos recibir.

— ¿Por qué «de momento», señor?

—Porque no acabo de «digerir» tan tremenda serie de noticias. Si todo esto es verdad, cosa que comprobaremos en las próximas cuarenta y ocho horas, unas preguntas horribles se nos presentan, amigo mío: ¿qué está ocurriendo en el mundo? ¿Qué pasa? ¿Por qué han sido destruidas todas las bases astronáuticas de la Tierra? ¿A quién puede interesar todo esto?

— ¡Me da vueltas la cabeza, señor!

—A mí también. He pasado casi toda la noche, desde que empezaron a llegar las llamadas, en un caos mental. He intentado explicarme el fondo de este asombroso asunto. Y la única solución es imaginar la existencia de alguna organización nacional, de una secta especial que se haya propuesto que el hombre no salga al espacio.

— ¿Qué es lo que ganarían esos individuos con ello?

— ¿Qué sé yo? Puede que se trate de alguna organización religiosa, cuyas ideas especiales tengan que ver algo con nuestras investigaciones en el espacio exterior.

— ¡Pues deben de poseer unos medios maravillosos!

El otro frunció el entrecejo.

—Eso es, precisamente, lo que me hace desechar mi idea. ¿Qué grupo humano sería capaz de hacer volar instalaciones supervigiladas en todo el mundo? Los saboteadores internacionales que los servicios secretos mantienen, con toda clase de lujos, no serían capaces de realizar una serie de atentados de ese tipo.

—El fanatismo es una palanca poderosa, señor.

— Sí, ya lo sé; pero con sólo el fanatismo no se hace nada; al menos de la manera con que se ha realizado este ambicioso plan de destrucciones.

— ¡Es para volverse loco!

—Sí. Lo que interesa ahora, Collier, es que se ponga usted inmediatamente a trabajar.

—Usted dirá, señor.

—Quiero que entre en comunicación con todos los agentes que

tenemos en esos países. Necesito una información detallada y veraz. Quiero convencerme, sin ningún género de dudas, de que las destrucciones de las bases de astronáutica han sido tan importantes y definitivas como la acontecida en Los Ángeles.

—Me pondré inmediatamente a trabajar, señor.

— ¿Cuándo cree poder entregarme el informe?

—Mañana por la noche. ¿Le parece muy tarde?

—No, pero no lo demore más. Quiero presentárselo al Presidente, antes de que el Pentágono tome cartas en el asunto.

—Perfectamente, señor.

Una vez en su coche, Warner sintió el mismo caos que debía reinar en la mente del secretario de Estado y que se apoderaría de los cerebros privilegiados de los miembros del Pentágono.

Nada más llegar a su casa, telefoneó a Fred, ordenándole que se dirigiera al Departamento de Investigación Federal, donde lo halló media hora después.

— ¿Qué demonios pasa? —inquirió el otro, con un bostezo impresionante.

—Ponte ante el teletipo y empieza a llamar al corresponsal de Rusia.

—Pero, ¿no puedes decirme el motivo?

—En seguida lo sabrás. Obedece y calla.

Tecleó rápidamente Lipner y no tardó en aparecer el texto en clave, indicando que el agente en la URSS estaba a la escucha.

—Utiliza la clave «alfa» y pregúntale el verdadero alcance de la destrucción de la base astronáutica rusa.

Fred se volvió hacia él, con los ojos desmesuradamente abiertos.

— ¿Eh? ¿La base soviética destruida?

—Haz la pregunta; tenemos muy poco tiempo.

Lipner obedeció y cuando hubo terminado de transmitir el mensaje, dijo:

—Tardarán un poco en contestar.

—Ya lo sé. Haz la misma pregunta a nuestros agentes de París, Londres, Roma, Madrid y Berlín.

Fred no salía de su asombro.

— ¿No me irás a hacer creer que nosotros… hemos hecho todo eso?

—No, preguntón. Aunque debía ser el balance de nuestro trabajo.

— ¿Quién ha sido entonces?

—Sé tanto como tú. Limítate a enviar los mensajes. Ya te he dicho que tenemos mucha prisa.

Una hora más tarde, los mensajes empezaron a aparecer, ya descifrados por la máquina de claves:

«DESTRUCCIÓN TOTAL. POLICÍA SOVIÉTICA BUSCA DESESPERADAMENTE CULPABLES STOP PURGA GIGANTESCA EN PREPARACIÓN STOP».

«BASE FRANCESA EN ALREDEDORES DE MADRID COMPLETAMENTE DESTRUIDA STOP POCAS BAJAS STOP LAS AUTORIDADES NO SE EXPLICAN LA HECATOMBE STOP».

«SENSACIÓN EN TODA ITALIA STOP A PESAR DE MEDIDAS CENSURA EMISORAS DE TELEVISIÓN HAN TRANSMITIDO DIMENSIONES CATASTRÓFICAS DE LA EXPLOSIÓN EN ALREDEDORES DE MILÁN STOP».

«BASE EN ARANJUEZ, ALREDEDOR DE MADRID, COMPLETAMENTE DESTRUIDA STOP ASTRONAVE, CASI CONCLUIDA, HA DESAPARECIDO STOP NUMEROSAS BAJAS YA QUE LA CATÁSTROFE SE PRODUJO EN PLENO TRABAJO STOP AUTORIDADES Y CIENTÍFICOS CONSTERNADOS».

«SCOTLAND YARD HA LANZADO TODOS SUS AGENTES, DESPERDIGÁNDOLOS POR TODO EL REINO UNIDO STOP APELACIÓN INMEDIATA EN LOS COMUNES STOP PARTIDO CONSERVADOR EN OPOSICIÓN HA PEDIDO RESPONSABILIDADES STOP BASE COMPLETAMENTE DESTRUIDA STOP».

«BERLÍN STOP CANCILLER REUNIDO DESDE HACE TREINTA HORAS STOP LA DESTRUCCIÓN DE LA BASE JUNTO A MÚNICH HA SIDO COMPLETA STOP LA OPINIÓN PÚBLICA CULPA AGENTES SOVIÉTICOS DE DESTRUCCIÓN STOP MANIFESTACIONES FORMIDABLES ALREDEDOR DE EMBAJADA URSS STOP».

Fred no salía de su asombro.

— ¡No es posible! —decía—. ¡No es posible! ¡El mundo entero está más loco que un rebaño de cabras!

—Esa es la primera gran verdad que has dicho. Y lo malo es que la locura del mundo acabará con todos nosotros.

—Pero, ¿quién ha provocado todas esas destrucciones, Warner?

— ¡Si yo lo supiese!

Fred lanzó una ruidosa carcajada.

— ¡Tiene gracia! —exclamó—. Hace unos días, temblábamos ante la posibilidad de que alguna nación consiguiese salir al espacio exterior. Hoy, ahora mismo, volvemos a estar todos en pie de igualdad, como cuando empezamos a trabajar en el proyecto «Luna».

—Por esa parte — aceptó el otro —, puedes estar tranquilo, amigo mío. Pero, o mucho me equivoco, o este asunto va a traer cola.

— ¿Qué quieres decir?

—Que, si como piensa el secretario de Estado, estas

destrucciones han sido realizadas por una organización internacional, ésta comenzará a actuar nuevamente en cuanto alguna nación reanude sus trabajos sobre astrofísica.

— ¡Pero ahora estamos prevenidos y no les dejaremos hacer así como así!

Warner sonrió.

— ¿Más prevenidos de lo que estábamos? ¿Qué podremos hacer? ¿Duplicar los servicios de seguridad? Ya sabes que fuimos nosotros los que montamos los de la base de Los Ángeles y que ni una rata podía entrar en el interior sin que se desencadenasen los sistemas de alarma y localización. Si lograron penetrar sin que éstos funcionasen y llevar a cabo su labor, retirándose después tranquilamente, serán capaces de penetrar en la misma Casa Blanca y llevarse al Presidente sin que su propia esposa lo note.

—Todo eso está muy bien; pero yo siempre he creído que el autor del sabotaje ERA UNO DE LOS DE DENTRO.

— ¿Has perdido la razón, Fred? Todos los individuos que forman parte de los servicios de seguridad eran tipos seleccionados con todo cuidado. En cuanto a los obreros, si a ésos te refieres, los aparatos de la entrada hubiesen detectado la presencia de un sacapuntas en los bolsillos de uno de ellos. No, Lipner; seguirá siendo un asunto oscuro que, por desgracia, tardará mucho en aclararse, si es que se aclara alguna vez.

— ¿Crees que habrá ocurrido lo mismo en las otras naciones?

—Por los informes que tú mismo acabas de recibir, me parece que sí. La policía y servicios secretos de esos países deben estar como nosotros: completamente desorientados.

Hubo una pausa y ambos encendieron sendos cigarrillos. Por la ventana del departamento, la luz difusa y grisácea del alba empezó a penetrar lentamente.

Fue entonces cuando el teletipo empezó a funcionar, vertiendo líneas y líneas en la larga cinta que salía de él.

— ¿Viene en clave? —inquirió Warner.

— Sí.

—Pásalo al traductor.

Fred terminó su labor y se volvió hacia su jefe. Una mortal palidez cubría su rostro.

—Léelo —ordenó el otro.

«PARIS STOP NOTICIAS DIGNAS DE CRÉDITO COMUNICAN QUE SE HA DEJADO DE OÍR, HACE UNA HORA, LA SINTONÍA RADIAL DEL SATÉLITE ARTIFICIAL GALO STOP LOS OBSERVATORIOS SUIZOS HAN COMUNICADO HABER VISTO UNA SERIE DE EXPLOSIONES, EN LAS ALTAS CAPAS DE LA IONOSFERA, CUYO ORIGEN DESCONOCEN HASTA EL MOMENTO

PRESENTE STOP FIRMADO M-6L8».

Y después de una pausa:

— ¿Qué te parece?

—No lo entiendo, esa es la verdad.

De repente se puso en pie, tembloroso, precipitándose hacia el aparato telefónico, que descolgó bruscamente para marcar nerviosamente un número.

Fred le miraba sin comprender.

— ¿Oiga? ¡¡Señorita!! ¡Servicio especial inmediato! Sí, Departamento de Investigación y Seguridad del estado. ¿Con quién? Observatorio del Monte Palomar, Sección de Astrorradiotelefonía. ¡Rápido, por favor, señorita!

Esperó unos instantes, mordisqueando el cigarrillo que seguía teniendo entre los labios.

Luego lo tiró bruscamente y lo aplastó con el tacón del zapato, al tiempo que decía:

— ¿Profesor Dumber? ¿Es usted? Soy Collier, del Servicio. Bien, ¿y usted? Escuche, Dumber, ¿hay novedades de nuestro satélite artificial?

Hubo un corto silencio.

— ¿Quiere hacer el favor de comprobar, Dumber? Sí, espero.

Otro silencio, esta vez más largo.

Después, repentinamente, mientras llegaban a los oídos de Fred, que seguía con el mensaje en la mano, el rumor de las palabras del comunicante, observó la contracción del rostro de su jefe, el fruncimiento de su entrecejo y la nerviosa manera de morderse los labios.

—Está bien, Dumber. Informaré… No, no se preocupe. Todo el mundo los comprenderá. Adiós profesor.

Colgó.

Parecía haber envejecido bruscamente. Y avanzó, con la cabeza entre los hombros, dejándose caer en el sillón vecino al teletipo.

— ¡Perderé el juicio! —dijo con un tono de voz vencida.

— ¿Qué ha pasado?

— QUE NUESTRO SATÉLITE ARTIFICIAL HA DEJADO DE EXISTIR.

— ¿Como el francés?

—Como todos los demás, seguramente. ¡Dios santo! ¿Qué está pasando en el mundo? ¿Quién puede poseer un poder tan tremendo?

— ¿No crees en la posibilidad de que estemos siendo atacados por gente de fuera del planeta? ¿Qué opinas?

— ¡Bah! ¡Bobadas! Eso estaba bien hace diez años, cuando la gente creía en los platillos volantes, cuando se hablaba hasta la

saciedad de los problemas del espacio, desfigurados por una literatura repleta de exageraciones. ¿Dónde están las astronaves? El control del espacio exterior está, hoy, sometido al Hombre. Millones de aparatos de radar no dejarían pasar una mosca que llegase de fuera... ¡No, Fred, no! Esto está hecho por gente como nosotros, por alguien que, mientras nos hemos confiado estos años, ha formado la más poderosa organización de la Tierra. Tendrán máquinas, aparatos, sabios, consejeros. Una especie de sociedad secreta que quiere apoderarse del mundo.

— ¡Pero es horrible!

—Todo lo que quieras, pero es lo que más puede acercarse a la verdad.

— ¿Cómo combatir a esa gente?

— ¡Difícil, amigo mío! Por no decir imposible. ¿Cómo luchar contra gente que vive con nosotros, que son indudablemente tan ciudadanos norteamericanos como tú y yo, que gozan de la amistad y la confianza de sus amigos, de su familia? Y así, en todos los países de la Tierra, con poderes ilimitados y una fe extraña que les lleva a obedecer ciegamente, a realizar cosas que normalmente parecen imposibles.

— ¿Cómo habrán podido destruir los satélites artificiales?

—Seguramente utilizando proyectiles dirigidos, Sin embargo, eso supone un poder formidable, una gran organización, métodos de trabajo inconcebibles.

— ¡Estamos arreglados!

—Sí. Ha llegado la hora de luchar contra algo indecible. Veremos cuál es el primer paso que dan los miembros de esa organización. Creo que las sorpresas no han hecho más que empezar.

Capítulo III

Fue en Holanda donde, de la mañana a la tarde, surgió a la luz del día, descaradamente, la primera ORGANIZACIÓN DE HOMBRES ANTI ESPACIALES.

Van Turgertot, un hombre de unos cuarenta años, ebanista de oficio, se convirtió repentinamente en el líder de un grupo, que no dejó de crecer, incrementando rápidamente con asociados de todos los estamentos sociales.

Las consignas empezaron a aparecer en los más importantes diarios del país:

«ESTAMOS HARTOS DE SOPORTAR Y SUFRAGAR LOS GASTOS DE EMPRESAS DEDICADAS EXCLUSIVAMENTE A LA PREPARACIÓN DE BASES EN EL ESPACIO, DESTINADAS AL DOMINIO DE LA TIERRA POR LA FUERZA.»

«DESEAMOS EVITAR UNA HORRIBLE GUERRA DEL ESPACIO.»

«NO PERSEGUIMOS MAS QUE UN OBJETIVO: LIMITAR LOS TERRIBLES PODERES BÉLICOS DE LAS NACIONES Y ASEGURAR UNA PAZ ESTABLE. ¡Y LO LOGRAREMOS!»

Una rápida investigación, demostró que Van Turgertot era un pobre hombre, un visionario, que carecía de medios y autoridad para poder achacarle los destrozos que preocupaban a todas las naciones civilizadas.

Pero, cuando unos meses más tarde, desde Buenos Aires hasta Canadá; desde el cabo de Buena Esperanza hasta Finlandia y desde Australia a Siberia, empezaron a aparecer organizaciones semejantes a la creada por el ebanista holandés, los gobiernos sintieron que el peligro tomaba forma.

En realidad, los miembros de las organizaciones no hacían más que hablar y escribir. Centenares de conferencias y mítines, miles de artículos y docenas de libros vertieron sobre el mundo las nuevas ideas, sin que se pudiese hacer gran cosa por evitarlo, ya que en ningún caso hubo desórdenes ni manifestaciones que alterasen el orden público.

Hasta que empezaron los nuevos ataques directos.

* * *

Todos debían haberse asombrado de las instrucciones que acababa de darles el general en jefe; de la reunión, antes de las maniobras combinadas, pero ninguno de los altos jefes que

formaban parte dijo una sola palabra.

Se limitaron a asentir con la cabeza.

Seis horas después, trescientos mil hombres, dotados del material bélico más moderno, iniciaban las maniobras en el norte del país.

Nadie sabía lo que iba a ocurrir; pero, cuando al llegar al borde del océano, empezaron los soldados a tirar los fusiles, las ametralladoras, los bazucas, los morteros y los cañones de acompañamiento al agua, cuando los tanques se despeñaron, después de que sus conductores los hubiesen abandonado en marcha, y cuando, desde el cielo cayeron los aparatos, mientras florecían los copos de los paracaídas, la confusión fue enorme.

Mil billones de dólares acababan de desaparecer en pocos minutos.

Pero aquello no era más que el comienzo.

Desde todas las partes del mundo empezaron a llegar noticias de hechos semejantes.

En los mares, escuadras enteras se habían hundido, por orden expresa de sus almirantes, después de que los hombres hubiesen abandonado los navíos.

Escuadrillas de aviones de todos los tipos habían ardido en cientos de campos de aviación, siendo los incendios provocados por soldados que habían recibido órdenes expresas y concretas de sus superiores.

Un viento de locura parecía pasar sobre el Globo.

Se procedió a rápidas investigaciones y empezó la racha de los juicios sumarísimos, seguidos de fusilamientos y ejecuciones en masa. Un mes después, los ejercicios de las grandes y pequeñas potencias carecían de mandos, ya que todos, o casi todos, habían pagado con sus vidas las órdenes que se atrevieron a promulgar.

Sin embargo, cosa curiosa, ninguno de los encartados en los juicios se declaró culpable; todo lo contrario: clamaron su inocencia, negando rotundamente el haber dado orden alguna para que el material de guerra fuese destruido.

Y más curioso aún, los miles de oficiales y soldados llamados como testigos de cargo, declararon lo mismo: ellos no habían recibido orden alguna Y NO HABÍAN DESTRUIDO ABSOLUTAMENTE NADA.

No, no parecía haber solución para aquel horrible problema. Al principio, las naciones creyeron que se trataba de una nueva maniobra política del Kremlin, pero cuando se supo a ciencia cierta que en Rusia estaban padeciendo el mismo mal, olvidaron sus desconfianzas y cada cual intentó resolver el problema a su modo.

PERO NO HABÍA NADA A HACER.

Hasta que, aquella tarde, el doctor Faulker, de la ciudad de Nueva York, abrió la puerta para recibir a su único cliente de aquel día.

* * *

Edwin Faulker era uno de los más conocidos psicoanalistas de la ciudad de Nueva York. Joven, dotado de una personalidad poderosa, había cosechado triunfos resonantes en su difícil especialidad.

Aquella tarde, el médico, como la mayoría de los habitantes de todas las ciudades del mundo, estaba pendiente de su televisor, donde se transmitían los boletines informativos de última hora.

Justamente, el viso-locutor acababa de comunicar la serie de huelgas que se habían desencadenado en Europa. Los obreros de las industrias que se dedicaban a la fabricación de material bélico habían abandonado sus lugares de trabajo en una manera definitiva.

Por otra parte, la organización antiespacial había prometido ayudar a aquellos obreros, subvencionando todos sus gastos vitales, hasta que el gobierno, convencido de la inutilidad de fabricar armas, los empleasen en otra clase de industrias.

Edwin, con el entrecejo fruncido, intentaba, como tantos otros, explicarse psicológicamente aquel horrendo problema por el que atravesaba la humanidad. Estaba tan absorto en sus meditaciones, que puso muy mala cara cuando su enfermera le anunció la presencia de un enfermo.

Generalmente, los sábados por la tarde nadie iba a su consultorio; pero Faulker, desde hacía muchísimo tiempo, había adquirido la costumbre de quedarse en casa y recibir, extraordinariamente, al que se presentara.

— ¿Quién es? —inquirió a la enfermera.

—Un hombre de unos cuarenta años. Tiene un aspecto muy raro.

Él sonrió.

— ¿Es que no son raros todos los enfermos de este consultorio, señorita Ellen?

—No quiero decir eso, doctor. El hombre que está en la salita parece distinto, diferente a los demás.

— ¿En qué? ¿Tiene dos cabezas o seis brazos? Creo, Ellen, que lee usted demasiadas novelas fantásticas.

Ella frunció el entrecejo.

—No es eso, doctor —insistió—. Si me refería a algo «extraño» en el enfermo que le espera, es porque me ha parecido ser uno de esos hipnotizadores que he visto a veces en el teatro.

—Vamos allá —dijo él, levantándose—. Y si no salgo pronto de la sala, venga en mi ayuda; es posible que ese hombre me haya sometido a su terrible poder hipnótico.

Salió, sonriendo, dirigiéndose a la salita.

Ella tenía razón.

El hombre era delgado, huesudo y sus dos ojos, grandes y negros, destacaban sombríamente en su rostro, dominándolo por completo. El brillo intenso de sus pupilas produjo una sensación desagradable en Edwin.

—Buenas tardes — saludó.

El otro se puso en pie, devolviendo cortésmente el saludo; luego, con una voz sumamente apacible:

—Ha de perdonarme, doctor, pero era necesario que viniese a verle, aun siendo sábado por la tarde.

—No se preocupe y tome asiento. A menos que no desee echarse en las «chaise-longue».

El desconocido sonrió.

—No, doctor; yo no vengo a explicarle mis sueños, mis fobias o mis complejos. Vengo, sencillamente, a pedirle ayuda y consejo.

—Eso es lo que suelen hacer todos mis pacientes.

—Ya lo sé; pero, de todos modos, mi caso es distinto.

Iba Edwin a decirle que todos decían igual, pero se retuvo, limitándose a decir:

—Diga usted; le escucho.

El otro entornó los ojos y sus pupilas adquirieron un brillo singular.

—Me llamo Carlo Ponti, ciudadano estadounidense, pero oriundo de Italia. Vine aquí de niño, junto con mis padres. Mi padre, que se llamaba Carlo, como yo, era hipnotizador en un circo internacional, lo mismo que yo.

Edwin prometió mentalmente felicitar a Ellen por su perspicacia.

—Mi padre poseía poderes ciertamente importantes, pero limitados. El decir que yo siguiese su carrera no fue, puedo asegurárselo, una cosa premeditada. Yo deseaba estudiar mecánica y hasta los dieciocho años no hice otra cosa.

»Fue por aquel entonces, la noche última del año, cuando, trabajando en un taller donde teníamos que ultimar una labor que no podía esperar y por la que nos pagaban extraordinariamente bien, sentí repentinamente como un extraño relámpago que me cegó, obligándome a permanecer con los ojos cerrados por espacio de un par de minutos.

»Durante ese tiempo vi perfectamente, con una nitidez extraordinaria, mi casa, mis padres y, afuera, en el diminuto jardín,

un hombre armado que trataba de introducirse en nuestro domicilio. Lo logró y mi madre gritó un nombre que no pude entender. Después, la horrible escena se desarrolló ante mí, como una película. El hombre disparó contra mi padre y mató a mi madre inmediatamente después...

Se detuvo. Gotitas minúsculas de sudor perlaban su frente.

— ¿Y... era verdad? —inquirió el psicoanalista.

—Sí. Corrí a mi casa y me encontré con el cuadro que había visto. Mi madre estaba aún viva y me explicó el origen de la tragedia. Aquel hombre había sido su novio, en Italia, antes de que conociese a mi padre y se casase con él. Movido por un ataque de locura, Pietro, que así se llamaba el desdichado, atravesó el Atlántico con el único deseo de matar a la pareja que, para él, era una prueba permanente de infidelidad.

— ¿Se dio usted cuenta entonces de que poseía poderes telepáticos?

—Sí. Verdaderamente, no reaccioné hasta mucho más tarde, ya que quedé anonadado ante la tragedia familiar. Los vecinos, italianos como nosotros, me ayudaron mucho en aquellos tristes trámites y se encargaron igualmente de llamar a la policía. Todo lo que pudimos decirle fue que el asesino se llamaba Pietro.

»Pero, cuando llevado por mi dolor, les expliqué lo que me había ocurrido, guiñaron el ojo a los presentes, creyendo que yo no los veía, y acompañaron su gesto con una expresión de conmiseración.

—Le tomaron por loco, ¿verdad?

—Sí. Y hasta llegaron a sospechar de mí. Pero el asesino había dejado huellas suficientes, aunque no las que la policía necesitaba para detenerlo, puesto que, como se descubrió después, Pietro había entrado fraudulentamente en los Estados Unidos.

Cesó de hablar, permaneciendo estático, con los ojos entornados, como si se concentrase poderosamente.

— ¿Y luego? —inquirió el médico.

—ESTÁN INTENTANDO DOMINARME, HACERME CALLAR... — dijo el misterioso personaje, con los ojos completamente cerrados.

A Edwin le pareció que las cosas se aclaraban repentinamente. Aquel desdichado debía padecer una paranoia, la forma más agresiva de esquizofrenia.

Pero el psicoanalista estaba acostumbrado a tratar con enfermos mentales y no experimentó el menor temor.

— ¿Quién intenta dominarle, impedir que hable?

El otro abrió los ojos.

—No, no es nada; ya pasó.

Y tras una pequeña pausa, durante la que su rostro, que se había

contraído dolorosamente, se serenó.

—Le decía antes —prosiguió— que tardé mucho tiempo en darme exacta cuenta del valor del poder que poseía. Lo utilicé en el circo, cuyo director se alegró de que rellenase el hueco que había dejado mi padre. Pronto le demostré que mis poderes eran muy superiores a los de mi antecesor. Al mismo tiempo, yo me iba acostumbrando a aquella manera de inmiscuirse en el pensamiento de los demás, logrando ahondar cada vez más en la mente ajena...

»Hasta que un día me percaté de que podía castigar al hombre que había asesinado a mis padres.

»Me concentré, cada vez con mayor intensidad, buscando al hombre cuyas ideas debían estar impregnadas en el asesinato cometido. Tardé mucho, muchísimo, en encontrarlo. Pero un día establecí comunicación telepática con él. Era un «contacto» lejano y turbio, muy impreciso e inconsciente.

»Pedí permiso en el circo donde trabajaba y cogí mi coche, empezando a alejarme de la ciudad en todas direcciones, hasta que pude determinar HACIA QUÉ LADO SE HALLABA LA FUERZA ATRACTIVA DE AQUELLA MENTE.

»Lo demás fue sencillísimo. No tardé nada en llegar a la ciudad donde estaba el criminal. Mientras me acercaba, sintiendo cada vez con mayor intensidad el reflujo de su mente, pensé seriamente en tomarme la justicia por mi propia mano; pero, razonando, llegué a la conclusión de que aquella manera de vengarme podría costarme muy cara, incluso la muerte.

»Una vez en la ciudad, descubrí a Pietro. Estaba viejo, apesadumbrado y con una fuerte reacción neurótica. No me fue difícil influir en su cerebro, hasta que logré que se presentase a la policía, declarándose culpable del doble asesinato que había cometido años antes. No lo condenaron; su estado mental era deficiente y fue recluido en un frenocomio...

Guardó silencio, durante largo rato. Edwin lo respetó hasta que consideró normal interrumpirlo.

— ¿Qué le ocurre ahora?

— ¿Cómo sabe que me ocurre algo ahora?

—Antes dijo que «alguien» intentaba dominarle e impedirle hablar, ¿no es verdad?

El hombre sonrió de una manera significativa.

—Ya sé lo que está pensando, doctor. Olvida usted que soy telépata.

El médico se sintió intranquilo; en realidad, era la primera vez que se encontraba ante un probable enfermo capaz de leer un pensamiento.

—Sí —prosiguió el otro—. Veo perfectamente que me está usted

diagnosticando de «paranoia». Y no crea que no sé que tiene usted perfectos motivos para juzgarme un esquizofrénico. Mis síntomas corresponden exactamente a la dolencia que usted me imputa.

—Pero yo...

—Perdone que le interrumpa, doctor. El asunto es demasiado grave y no creo que pueda disponer de mucho tiempo. «Ellos» son verdaderamente muy poderosos.

—Le escucho —se resignó Edwin, dispuesto a escucharle.

—Verá usted. La cosa sucedió hace muy poco. Recibí una impresión fortísima, una de esas «llamadas» cuyo calibre excedía a todas las que había recibido en mi vida de telépata.

Faulker preguntó con curiosidad:

— ¿Quién la hacía?

—Déjeme explicar. La llamada fue tan intensa, tan potente, que me alarmé; pero, a pesar de todo, me preparé para resistirla y analizarla. Deseaba saber de dónde provenía. Fue entonces cuando me percaté de QUE NO ME ESTABA DIRIGIDA; la había captado por mi sensibilidad. Sin querer, había interceptado.

Faulker estaba ya interesado.

— ¿Entonces?

—La llamada iba dirigida a una masa enorme de hombres. Por el momento, tan fantástica me pareció, que casi lo tomé a broma. Ya sabe usted que hay desaprensivos telépatas que, a veces, y para divertirse, utilizan sus poderes para ridiculizar a alguien. Pero el contenido de la orden telepática se cumplimentó después. Entonces me di cuenta de que «ellos» no bromeaban. La orden había sido dada en serio.

Y después de una pausa, como si necesitase tomar impulso:

—LA ORDEN IMPELÍA A LOS MIEMBROS DE NUESTRO EJÉRCITO A DESTROZAR TODA CLASE DE ARMAMENTO Y MATERIAL BÉLICO DURANTE LAS MANIOBRAS.

Edwin abrió desmesuradamente los ojos al oír aquellas palabras.

— ¿Está usted seguro de lo que dice? —preguntó interesado.

—Completamente. Como todos los hombres del mundo, yo estaba preocupado por la serie de hechos anormales que se han ido produciendo en la Tierra. La existencia de una organización pacifista no me convencía plenamente.

—Ni a mí tampoco.

— Naturalmente. Por eso, cuando me di cuenta de la naturaleza de la llamada y de su casi inmediato resultado, me percaté de la importancia del peligro que nos amenaza.

— ¿Pudo saber de dónde procedía la llamada telepática?

—Me costó mucho lograrlo. Porque, como le hubiese ocurrido a otro cualquiera, yo no podía concebir la VERDAD.

— ¿Y es verdad?

—Es sencillamente espantosa. Porque la llamada telepática, mi querido doctor, VIENE DEL ESPACIO.

— ¿Eh?

El hombre sonrió, con una expresión de cansancio indecible.

—Esperaba su natural asombro. Es tan inconcebible que otra persona cualquiera, que no fuera usted, habituado a los problemas de la mente, me hubiese tomado por un loco. Por eso vine a verle. Es tan importante mi casual descubrimiento que pueda permitir que nos preparemos para la más horrenda de las guerras. Ya no es, como soñó Wells, una guerra de mundos, un combate entre criaturas de distinto planeta, sino algo más alucinante, más horrendo: un combate entre mentes, una lucha entre poderes cerebrales; en una palabra; ¡UNA GUERRA TELEPÁTICA!

Capítulo IV

Edwin se quedó anonadado, sin saber qué decir ni qué pensar.

— ¡Una guerra telepática! — exclamó, al fin.

—Sí, doctor. Y eso explica todo: la destrucción de las bases astronáuticas, las grandes protestas pacíficas, las acciones antibélicas y la aparición de las sectas antiespaciales.

— ¡Es tremendo!

—Más de lo que usted se imagina. «Ellos», después de algunas dudas, han llegado hasta mí, HAN LEÍDO MIS PENSAMIENTOS y desean anular mi poder que, sin duda alguna, ha sido una sorpresa para ellos.

— ¿Cómo lo sabe?

—Por que lo he PRESENTIDO. «Ellos» creían que no existían en la Tierra poderes semejantes al suyo y se han sorprendido al descubrir que estaban equivocados. Naturalmente, nosotros, los telépatas humanos, no poseemos la ciencia que ellos tienen, ni mucho menos. Quizá, en todo el Globo, no exista más que el Dhai-Lama.

— ¿Quién es?

—Un monje budista que vive en pleno Tíbet. Él es, quizá, el único que podría oponerse al poder de los que desean conquistar este mundo nuestro.

—Pero, si son tan poderosos, ¿por qué no nos han atacado con sus armas que, indudablemente, han de ser superiores a las nuestras?

—Porque «ellos» NO POSEEN MÁS ARMA QUE LA TELEPATÍA. Son, indudablemente, seres que han evolucionado por el camino de la mente. Y si no han sido capaces de poseer una técnica como la nuestra, lo más lógico es que no lo han podido conseguir por carecer de medios.

— ¿Qué quiere usted decir?

—Muy sencillo, doctor, «Ellos» no DEBEN DE TENER CUERPO. Es decir, de lo que estoy seguro es que no poseen manos. Ya sabe usted lo que hubiese ocurrido si el Hombre no tuviese manos. De no haber perecido en la prehistoria, víctima de los ataques de los animales de aquella época, hubiese evolucionado solamente en el SECTOR MENTAL. Y hubiera llegado, indudablemente, a donde «ellos».

—Comprendo. Lo que no entiendo, siendo seres que carecen de cuerpo, o de parte de él, es para qué necesitan nuestro globo

terráqueo.

—Eso no puedo saberlo, doctor…

—Comprendo.

Guardaron silencio y Edwin, cuya mente trabajaba a gran velocidad, se vio sorprendido por el otro.

—Es lo mejor que puede usted hacer, doctor. Avisar urgentemente a ese amigo suyo, llamado Warner.

— ¿Cómo es posible que…?

Pero sonrió, añadiendo:

—Olvidé su facultad telepática, señor Ponti.

—No se preocupe. Estoy dispuesto a acompañarle a Washington, TAL Y COMO USTED DESEA, para contar a su amigo lo que me ha pasado. Creo que debemos aprovechar el tiempo. Estoy luchando desesperadamente contra «ellos».

— ¿Qué intentan hacer con usted?

—Dominarme, impedir que los hombres sepan la verdad. ¡Me hacen estallar la cabeza!

— ¿No le iría bien un hipnótico durante el viaje?

— ¡Nunca! ¿NO SE DA USTED CUENTA DE QUE «ELLOS» LE ESTÁN ORDENANDO ESO?

— ¿Cómo? —había un tono de terror en la voz del psicoanalista.

—Sí. «Ellos» saben que un hipnótico adormecería mis fuerzas volitivas, dejándome a su merced. LLEVO ONCE NOCHES SIN DORMIR, siempre en guardia.

— ¡Vamos, entonces! Cogeremos un avión especial.

La primera parte del corto viaje pasó con cierta calma; pero, en cuanto empezaron a acercarse a la capital federal, Ponti comenzó a dar muestras de intranquilidad manifiesta.

—Están intentando dormirme — dijo.

— ¡Santo Dios! ¡Y yo he olvidado la simpatina! Podía hacerle dado una dosis antes de salir de mi casa.

—Procuraré resistir — prometió el otro.

Se daba cuenta de la tremenda importancia del descubrimiento que había hecho aquel hombre. Y también del peligro personal que estaba corriendo.

«Debe hacer trabajar sus poderosas mentes — pensó—, concentrándolas sobre este desdichado…»

Aterrizaron casi en seguida.

Cogiendo del brazo al italiano, que ya iba dando cabezazos, el médico cogió un taxi, instando al conductor para que se apresurase, y dándole la dirección del departamento oficial de su amigo.

Había estudiado en la Universidad con Collier y en él pensó en cuanto oyó la fantástica declaración de Ponti. Si había un hombre que pudiese aprovechar el aviso del italiano, ése era,

indudablemente, Warner Collier.

Al detenerse, con un brusco frenazo, ante la puerta, vigilada por un «M.P.», Edwin se volvió hacia su acompañante, alarmado por el profundo ronquido que había exhalado el italiano.

— ¡Despierte! ¡Despierte!

El otro cabeceó, intentando despabilarse.

Tuvo qua arrastrarlo, materialmente, hasta el ascensor, ayudado por uno de los agentes de la guardia.

Luego, casi inmediatamente, fue introducido en el despacho de su amigo.

Warner, que estaba con Fred, miró extrañado a aquel hombre que caminaba medio doblado, roncando aparatosamente.

— ¿Quién es, Edwin? —inquirió, después de abrazar a su compañero.

Pero el médico no tuvo tiempo de contestar.

Ponti se despertó bruscamente; sus enormes ojos se dilataron hasta parecer desorbitarse por completo. Después, tras lanzar una estúpida y temerosa mirada hacia todo lo que le rodeaba, lanzó un grito espeluznante, intentando lanzarse contra Edwin, al que cogió por la garganta, con el propósito de estrangularle.

Un puñetazo formidable de Warner lo hizo caer sin sentido.

— ¡Lo han logrado! ¡Lo han logrado, Warner! ¡Acaban de conseguir lo que se proponían! Se durmió y le volvieron loco.

Collier miró con extrañeza a su amigo. Un escalofrío de horror le recorrió la espalda. Y el temor de que Edwin estuviera en el mismo estado que el hombre que yacía en el suelo, le paralizó.

* * *

La mesa estaba repleta de tazas de café y los ceniceros abarrotados de cigarrillos. Una densa nube de humo flotaba por encima de las lámparas que iluminaban el despacho.

Hacía seis horas que Edwin hablaba, con las cortas interrupciones de las preguntas que Warner le iba haciendo. Por su parte, Fred, después de haberse encargado del italiano, que había sido conducido a una clínica de la ciudad, permanecía silencioso, con los ojos desmesuradamente abiertos y creyendo que le estaban contando el cuento más fantástico que podía crear la mente humana.

Cuando el médico terminó de hablar, Collier asintió con la cabeza.

—Has de perdonarme, amigo mío, si te hecho repetir hasta la saciedad todo eso. Comprenderás que era muy extraño y que, al principio, me hiciste dudar de tu integridad mental.

—Ya lo sé. Yo también dudé cuando Ponti me explicó lo que te acabo de contar. Me pareció extraordinario.

—Y lo es. Pero, para tu tranquilidad, he de decirte que es la única respuesta satisfactoria a todas las preguntas que nos ha planteado la horrible situación que padecemos.

— ¿Crees que podremos sacar algo positivo de todo esto?

—Ya lo veremos. Las armas «telepáticas» no se fabrican como los cañones y las bombas nucleares. De todas formas, hemos dado un gran paso y hasta creo que tengo un medio proyecto en la cabeza; un esbozo que deseo plantear inmediatamente al Secretario de Estado… a riesgo de que me mande con Ponti.

—Tendrás que luchar para convencerle.

— Ya lo sé. Pero tengo a mi lado la desesperación que reina en el Pentágono. Ellos aceptarán cualquier fórmula, por descabellada que parezca, con tal de que les haga ilusión de que están haciendo algo para defenderse contra el horrible peligro que les amenaza. Será un consuelo para ellos «concretizar» al enemigo, aunque éste permanezca invisible e inatacable, al menos por el momento.

— ¿De qué proyecto hablabas antes?

—Tú has sido quien ha hablado de él.

— ¿Yo?

— ¿No has nombrado al Dhai-Lama?

—Sí. ¿Qué intentas?

—Ir a verle lo antes posible. Tú y Fred me acompañaréis. Si ese hombre es tan poderoso como afirma Ponti, será nuestra arma número uno, el primer cañón con el que apuntaremos a esos seres extraños que están enloqueciendo a la humanidad.

* * *

Warner tardó dos horas en volver.

Venía cansado, encorvado y febril; pero la sonrisa — la pobre y débil sonrisa que ornaba su rostro— demostraba que había ganado la batalla.

—Fue horrible —dijo, nada más entrar—. La mayor parte de los consejeros y asesores se volvieron furiosamente contra mí. Creí que me iban a pegar.

Edwin frunció el entrecejo.

— No debe extrañarte. «Ellos» actúan a través de los cerebros de los hombres. Conocen nuestro proyecto y están luchando desesperadamente por impedir que lo realicemos.

— ¿Y nosotros? ¿Por qué no influyen en nuestras mentes?

—Porque, por fortuna debemos ser resistentes a su influencia telepática. Pero no debemos fiarnos mucho. «Ellos» pueden intentar

muchas cosas para impedir que lleguemos hasta Dhai Lama.

—Partiremos ahora mismo. El secretario de Estado ha dispuesto un avión militar que nos llevará al Tíbet a toda velocidad.

El avión despegó veinte minutos más tarde.

Fred iba sentado junto al piloto y los dos amigos juntos, en la parte posterior de la carlinga. El aparato era un reciente modelo de reacción, dotado de una autonomía prácticamente ilimitada, ya que utilizaba sus propios productos de desecho, regenerándolos en las turbinas especiales que llevaba superpuestas a las toberas.

— ¿Tienes idea de cómo podremos utilizar a ese hombre? —inquirió Warner.

— ¿Te refieres al Dhai Lama?

—Sí.

—Él mismo nos orientará. En cuanto conozca el motivo de nuestra visita.

— ¿Crees que sabe ya lo de «ellos»?

—Seguro. Si Ponti, siendo infinitamente inferior al Lama, descubrió los mensajes telepáticos de esos seres, el Dhai tendrá ya un completo conocimiento de muchas cosas que nosotros ignoramos.

— ¿No habrán intentado destruirle?

—Eso también lo he pensado yo. Y es el único temor que siento.

— ¡Estaría bueno que llegásemos tarde!

—No digas tonterías.

Guardaron silencio, ensimismado cada uno en sus propias ideas.

Dejaron el Pacífico, empezando a sobrevolar la China.

—Esto no hubiéramos podido hacerlo hace pocas semanas —dijo Warner —. Los chinos nos hubiesen lanzado todas sus escuadrillas de caza detrás de nosotros. Pero ahora todo ha cambiado. Cualquier aparato, de los pocos que quedan, puede impunemente atravesar los territorios que le plazcan. En cierto modo, la situación se ha tranquilizado mucho.

—Y eso sería tan hermoso si no hubiera detrás la amenaza que se cierne sobre nosotros.

— Sí, eso es precisamente lo que engaña a los bobos que se han dejado arrastrar por las teorías pacifistas de los grupos antiespaciales. Naturalmente, después de lo que sabemos, estamos seguros de que son «ellos» los responsables de todo.

—Eso está claro como el agua.

Fue un poco más tarde, cuando ya estaban sobre Birmania, que el piloto se volvió, mirándoles con los ojos muy abiertos, lanzando una satánica carcajada, que les hizo estremecer.

— ¿Qué pasa? —inquirió Warner.

Pero no tuvo tiempo de contestar.

Lo hizo el piloto.

— ¿No han entrado nunca en «picado»? ¡Será divertido! ¿Creían acaso, banda de imbéciles, que iban a salir con la suya?

El aparato se inclinó peligrosamente y la tierra empezó a acercarse al avión a una velocidad fantástica.

Pasados los primeros segundos, en los que, debido al cambio de aceleración, se vio aplastado como los otros, contra el asiento, Warner reaccionó rápidamente.

Se puso en pie, lanzándose contra el piloto, al que logró arrancar los mandos del aparato.

— ¡Ayudadme a sacarle de aquí! — gritó a los otros.

Fred y Edwin consiguieron reducir al hombre, llevándolo hacia la parte posterior del aparato. Entre tanto, el federal lograba enderezar el reactor.

— ¡Uf! ¡Creí que no lo conseguía! —exclamó con un suspiro de satisfacción.

Ataron al piloto, sujetándole fuertemente a uno de los sillones posteriores. El desdichado babeaba, rugiendo como una fiera.

Edwin miró con temor a su amigo.

— ¿Sabes guiar reactores? —preguntó con un tono de alarma en la voz.

—Sí. No te preocupes. No lo haré como ése, pero llegaremos al campo de aterrizaje del Dhai Lama.

El resto del viaje transcurrió sin ninguna otra novedad.

Warner consiguió, un poco duramente, tomar tierra en el diminuto aeródromo. Cuando terminó de frenar el aparato, lanzó un profundo suspiro.

— ¡Creí que no lo lograba! — se limitó a decir.

Y, una vez fuera masculló: —Llevaremos a ese desdichado para que lo alberguen en el monasterio budista.

— ¡Nos hemos librado por suerte! —exclamó Fred.

Y Edwin, sombríamente, murmuró:

—Se defienden desesperadamente. Ésta es la prueba de que hemos elegido el buen camino.

Algunos bonzos, atraídos por la llegada del avión, se acercaron a ellos saludándolos cortésmente.

—Queremos ver al Dhai-Lama —dijo el médico.

Uno de los bonzos, el de más edad, les miró fijamente.

—No creo que sea fácil — dijo —. El Dhai-Lama está muy ocupado.

—Es un asunto de la mayor importancia — insistió Wagner—. Tome nuestras credenciales —agregó entregando al otro el documento que había firmado personalmente el presidente de los Estados Unidos.

—Esperen...

Tardó cerca de media hora en volver. La expresión de su rostro indicó a los americanos que iban a ser recibidos.

—Tengan la amabilidad de seguirme —dijo el oriental.

El monasterio estaba situado en una zona salvaje y abrupta en la que, gracias a un esfuerzo de voluntad formidable, se había construido el diminuto campo de aviación, desechando así los viejos caminos que serpenteaban penosamente las ariscas estribaciones del Himalaya.

Sin embargo, el interior seguía conservando el aspecto que debía haber ofrecido a siglos pasados y ninguna clase de modernismo desfiguraba su estructura solemne y, a la vez, imponente. Largas galerías, sumidas en una semioscuridad misteriosa y acogedora. Nichos, a lo largo de los pasillos en los que se adivinaba, más que se veían, formas de estatuas panzudas y con los brazos cruzados.

Recorrieron aquellas interminables galerías que formaban un verdadero dédalo, intrincado e interminable.

Luego, cuando apareció el primer salón, en cuyo fondo se veían unas escaleras que ascendían hacia las plantas superiores, empezaron a oír los lamentos y los gritos que debían acompañarles durante el resto del recorrido.

Los gritos, a veces, se convertían en verdaderos alaridos. Y tampoco era extraño oír carcajadas estridentes, que estallaban con una brusquedad que las hacía más aterradoras.

Se miraron, preguntándose qué podía ser todo aquello; pero no se atrevieron a formular pregunta alguna al bonzo que les precedía y cuyo rostro seguía tan inexpresivo como al principio.

Por último, cuando hubieron terminado de escalar los desgastados escalones y desembocado en un estrecho pasillo, en cuyo fondo se abría una puerta doble, de paneles claveteados, el bonzo se volvió hacia ellos y señalando la entrada, al tiempo que hacía lo posible por hacerse oír, por encima de los lamentos, los gritos y las carcajadas, dijo:

— Ahí es.

Capítulo V

Dudaron antes de entrar.

Fue Warner, el más decidido de todos, quien atravesó el primero el umbral inmediatamente seguido por los otros dos.

A pesar de todo y al igual que sus compañeros, experimentó la más desagradable sensación de su vida al contemplar el alucinante espectáculo que se ofreció ante sus ojos.

El salón era de dimensiones colosales.

Frente a él, junto al otro lado de la entrada, se elevaba una especie de rústico trono en el que se hallaba sentado un hombre, ni demasiado joven, ni muy viejo.

Llevaba la cabeza completamente afeitada y tenía los ojos entornados, vistiendo una gran capa que le llegaba hasta los pies.

Junto a él, media docena de hombres, que estaban vestidos al estilo del Lama, permanecían, armados de bastones, formando una barrera entre la multitud que se movía en primer término y su jefe.

Y era aquella multitud la que producía un efecto escalofriante.

Apenas debían rebasar la cincuentena, pero sus aullidos, sus gritos, sus carcajadas, sus saltos, sus cabriolas y su ataque furioso, provocaban una baraúnda digna de medio millar de exaltados.

De vez en cuando, alguno de ellos, que había permanecido quieto unos instantes antes, se lanzaba furiosamente, con la boca llena de espuma, en dirección del Lama. Entonces, los de los bastones, lo dejaban rendido en el suelo, sin contemplaciones, golpeándole fríamente.

Warner se estremeció.

—Este hombre es un monstruo — musitó.

—Silencio —dijo Edwin—. Alguien se acerca.

Un grupo de hombres, armados de garrotes semejantes a los que con tanta habilidad manejaban los de la guardia del Lama, se acercó a ellos.

Warner se sorprendió al ver que «el bonzo», que venía en cabeza, era una mujer joven.

No dijo nada, pero se sintió agradablemente impresionado por la belleza de la joven. Su rostro era mucho menos amarillento que el de sus acompañantes y el tamaño de sus ojos disminuía, embelleciéndolos su oblicuidad.

—Seguidme — dijo secamente.

La obedecieron, sin comprender el porqué de la guardia. Aunque no tardaron en ver su utilidad.

Algunos de los enloquecidos personajes que pululaban en el salón se lanzaron contra los americanos y fueron rechazados a garrotazo limpio. La joven, imperturbable, ni se volvió siquiera.

Ya junto al Lama, tuvieron que esperar unos instantes; después el hombre del trono se volvió hacia ellos y descendió del sitial, aproximándose a sus visitantes.

Pero antes se volvió a la mujer.

—Sustitúyeme, Kurina.

—Sí.

— ¡Ten cuidado, hija mía! ¡Están arreciando ahora!

—No temas, Gran Lama.

El hombre les indicó una pequeña puerta que uno de los servidores abrió ante ellos. Cuando se cerró a sus espaldas dejaron de oír el escándalo horrísono del salón.

Se sentó el Lama sobre un cojín e invitó a los otros a que le imitasen. Cuando todos estuvieron acomodados, dijo:

—He leído la carta que me envía mi amigo el presidente de los Estados Unidos. Y comprendo su gran preocupación.

— ¿Nos ayudará? —inquirió vivamente Warner Collier.

—Es posible. No lo hubiese hecho, si «ellos» no intentasen destrozarme.

— ¿«Ellos» han llegado hasta aquí? —inquirió Edwin, con los ojos abiertos por el asombro.

— ¿Cómo explicar entonces lo que ocurre ahí afuera? Éste es un lugar de paz y recogimiento, es decir, era. Ahora la locura ha penetrado en él.

Sin poderse contener, Warner preguntó:

— ¿Qué les ocurre a todos esos desdichados?

El Lama le miró severamente; luego, comprendiendo que estaba ante la elemental y primitiva mente de un occidental, sonrió con bondad.

—No son «desdichados» — dijo —, sino valientes voluntarios que están luchando a mi lado... y por mi integridad.

— ¿Cómo? Si es que no me he vuelto completamente loco —dijo el americano—, he visto que intentaban agredirle.

—Es verdad.

Y después de un corto silencio:

—«Ellos» se percataron casi en seguida de mi presencia. Durante unos días, hasta que me di cuenta de la verdad, sufrí unos horribles dolores de cabeza. Creí que estaba enfermo. Pero, poco después, una noche, mientras permanecía en mi galería alta, contemplando el Universo, los vi.

— ¿Eh? —la expresión de asombro del psicoanalista hizo sonreír a Warner—. ¿Es posible que los viese?

—Sí —asintió el Lama—. Fue una visión, como otras muchas que he tenido. En realidad y sin darme cuenta de lo que hacía, PORQUE ERAN «ELLOS» LOS, QUE OBRABAN, me teleporté.

—¿Tele... qué? —preguntó Fred.

—Me teleporté. Eso quiere decir trasladarse, mentalmente, a gran distancia. En realidad, fueron ellos los que me teleportaron. Querían que me pusiese a su lado.

— ¿Pero los vio?

—Sí.

— ¿Cómo eran?

—Pequeños, de cuerpo degenerado por la contemplación. Una especie de esferas diminutas, sobre las que se sostiene, no sé cómo, un cráneo descomunal.

— ¿Tienen brazos y manos? —preguntó Edwin, recordando las palabras del hipnotizador y telépata italiano.

—No. Ni brazos, ni manos, ni piernas, ni pies. Se teleportan, físicamente, demostrando el poder tremendo de sus mentes.

— ¿Estuvo usted... con ellos?

—Así es. Permanecí un tiempo físico corto; pero, en realidad, viví cerca de un milenio a su lado.

Warner y Fred se miraron, haciendo verdaderos esfuerzos por no reír; pero Edwin tenía la frente perlada de sudor.

—Comprendo, Dhai-Lama, dilataron el tiempo mental.

—En efecto, joven amigo. Ellos deseaban mostrarme su poder, sus dominios.

— ¿Dónde se encuentran?

—En la Luna. Tienen allí sus avanzadillas; pero su gran formación reside en Marte. Han ido apoderándose del Sistema, planeta a planeta, sometiendo a sus habitantes de la misma manera que aquí. Pero, para su desgracia, no hallaron telépatas hasta llegar a la Tierra.

— ¿Qué les impele a conquistar nuevos sistemas? Porque vendrán de lejos, ¿no es verdad?

—Sí. Vienen de muy lejos, de una galaxia de fuera de la nuestra. Me dijeron un nombre que no comprendí. En cuanto a su deseo de expansión, es más que deseo, una imperiosa necesidad. SE MULTIPLICAN POR GEMACIÓN.

— ¿Qué quiere decir eso? —inquirió Fred.

—Que se reproducen por yemas. Llegado su estado adulto, que no tarda en producirse más que el tiempo de una semana nuestra, aparecen en el cuerpo de ellos una serie de gibas, que van aumentando progresivamente de tamaño. Su número, según he podido observar, se acerca, cada vez, al centenar. A las dos semanas, aproximadamente, las yemas se separan del individuo,

formando individuos-hijos.

— ¿Cien hijos de cada vez?

—Eso es. El crecimiento de su población es enloquecedor. Según me dijeron, han llenado doscientos sistemas como el nuestro en menos de un siglo. A este paso y si nada les detiene, serán los dueños del universo.

—Además, su ciclo vital es largo y, por si algo faltaba, ciertamente fantástico. En cuanto se han «reproducido» — la diferencia de sexos no existe entre ellos — puede decirse que han llegado a la edad adulta. Viven así unos treinta años de los nuestros.

— ¿Mueren después?

—Lo que les ocurre no puede ser calificado de muerte, tal y como nosotros lo entendemos. La parte inferior; es decir, lo que podíamos llamar «cuerpo», se desprende de la cabeza y muere, se corrompe, como cualquier materia viva.

— ¿Y la cabeza?

—FLOTA EN EL ESPACIO. Se adelgaza, pierde toda su consistencia y hasta parece que puede verse el cerebro, de tamaño colosal, a través de una piel que, de puro delgada, se va haciendo traslúcida. Lo verdaderamente tremendo es que, llegados a esa fase vital, duran cerca de mil años. Son los «sin-soma», como ellos dicen, los encargados de dirigir espiritualmente a la Raza.

— ¡Es inconcebible!

—Todas esas cualidades los convierten en unos espantosos enemigos. Desde que me teleportaron, mostrándome su fabulosa civilización, sus extensos dominios y su poder, me di cuenta de lo que esperaba al pobre género humano. No merece éste, en verdad, por sus muchos pecados y crueldades, un fin más honorable que el que el destino cósmico le impone — su voz se hizo débil, impresa de una gran dulzura—; pero, los que como yo hemos sufrido por los hombres, considerando sus más graves errores como travesuras infantiles, no podemos, por muy severos que queramos mostrarnos, osar castigar no estando calificado para ello.

Hizo una pausa.

—Me negué rotundamente. Ellos se extrañaron muchísimo, considerándome como a un pobre loco, que cambiaba la miseria y la lucha por los grandes honores y privilegios que me ofrecían. Después de las promesas, comenzaron a amenazarme y tan mal parado me hallé, que tuve que realizar el más grande esfuerzo de mi vida para lograr reteleportarme, regresando a la terraza del monasterio.

— ¿Qué ocurrió después?

—Empezó la lucha. Ofendidos por mi negativa, se lanzaron a destrozarme, reduciéndome a un estado de locura en el que no

pudiese oponerme a sus ambiciosos proyectos.

»Pero yo había tomado ya mis precauciones. Conociéndolos como los conocía, no podía perder ni un solo segundo. Aquella misma noche, cuando regresé, mentalmente, de Marte, reuní a mis fieles y les expliqué detalladamente cuanto me había acontecido. Todos se mostraron dispuestos a ayudarme. Estaban convencidos que nuestro monasterio podía ser, debido a nuestra educación y poder telepático, el centro de resistencia que podía ser un valladar ante la impetuosa oleada que se acercaba a la Tierra.

»Monté un grupo de voluntarios, seguro de que los necesitaría inmediatamente.

»No me equivocaba.

»Apenas llegaba el alba cuando comenzaron los horribles dolores de cabeza. Al principio, los resistí solo, percatándome de que eran muchos enemigos los que intentaban romper la unidad de mi mente, dislocándola, disgregándola, reduciéndola a pedazos.

»Resistí cuanto pude.

»Luego, ya casi al borde de la insania, empecé a transferir las cargas negativas que me llegaban sobre mis valientes voluntarios. Ellos iban a recibir el violento choque de los impulsos telepáticos que llegaban desde el espacio.

»Más débiles que yo, sucumbieron rápidamente. Y tuve que ir sustituyéndolos, a medida que nuevas mentes enemigas entraban en la liza. «Ellos» se estaban — y se están— empleando a fondo, dispuestos a destrozar mi poder.

— ¿Por eso le atacan esos… infelices? —inquirió Edwin, cuya frente era un arroyo de sudor.

—Por eso, amigo mío. Obedeciendo a los impulsos telepáticos que les ordenan destrozarme físicamente, se lanzan contra mí; ellos, que fueron mis más dóciles discípulos.

Los ojos de Warner brillaban como ascuas.

— ¡No te equivocabas, Faulker! —dijo al psicoanalista—. ¡Es el Lama nuestra más estupenda arma de combate! ¡Con él conseguiremos la victoria!

El Dhai Lama sonrió.

—No se haga usted demasiadas ilusiones. Pueden, desde luego, contar conmigo. Me debo a la Humanidad y haré por ella todo lo que esté a mi alcance. Pero no creo, desdichadamente, que podamos hacer mucho.

— ¿Por qué?

—Porque ellos, que están informándose en estos momentos, de nuestros proyectos, a través de las mentes de ustedes a los que, sin embargo, no pueden subyugar por su especial constitución psicológica, harán lo imposible por evitar que nos constituyamos en

un serio peligro para sus planes.

— ¿Qué sugiere usted? —inquirió Warner.

—Mi proyecto es muy vasto... y muy difícil. Según sé, por lo que ellos me dijeron, ya no queda ningún satélite artificial. ¿No es así?

—Así es.

—Tampoco, sin duda alguna, existe fábrica capaz de preparar uno de esos satélites. Si poseyésemos uno, podríamos montar la más formidable avanzadilla contra «ellos». Desde fuera de la Tierra, girando a su alrededor y gracias a mis poderes telepáticos, ayudado por mis valerosos voluntarios, formaríamos una barrera mental, librando a los humanos de la locura que sus enemigos han puesto en sus mentes.

— ¡Eso es formidable! —exclamó Fred.

—Sí, ¿pero cómo realizarlo? —inquirió Edwin con voz turbia.

Hubo un silencio pesado, cargado de presagios. Al psicoanalista le pareció oír las carcajadas que «ellos» debían lanzar al ver fallidos los proyectos de aquellos estúpidos y primitivos humanos.

—Creo que todo puede arreglarse — dijo lentamente Warner—. Conozco a un profesor que estaba construyendo un satélite. Sus obreros le abandonaron cuando la Gran Huelga. Pero nosotros, ayudados por otros que no sean receptores telepáticos, podemos trabajar como obreros, terminando el proyecto del profesor y lanzándolo al espacio.

—Es lo mejor que he oído —dijo Fred.

—Vamos entonces —añadió el Dhai-Lama—. Poseo suficientes aviones para trasladarnos, nosotros y mis voluntarios, a los Estados Unidos. Allí terminaremos de concretar nuestro plan.

El Lama colocó en los puestos de pilotaje a los no receptores, reservando plazas para los nueves voluntarios que le defenderían contra la «concentración dañina» de los enemigos.

Al tomar asiento en el avión que conducía al Lama, Warner tuvo la suerte de ser colocado junto a la muchacha que tanto había admirado en el salón de los enloquecidos.

—Perdone que le manifieste mi más sincera admiración, señorita —le dijo en cuanto el aparato despegó.

Ella se volvió, mirándole intensamente.

— ¿No se da cuenta, míster Collier, que está perdiendo su precioso tiempo de una manera lamentable?

—No lo comprendo, señorita Kurina.

—No se esfuerce, señor. Para mí, es tan sencillo leer su pensamiento como en un libro abierto. Usted está pensando en invitarme, cuando todo esto termine... y no «con muy buenas intenciones».

Warner enrojeció como un colegial al que hubiesen cogido en

una trampa.

— ¡Caramba! ¡Había olvidado que me encuentro entre telépatas! Perdóneme; se lo suplico.

Ella le sonrió amistosamente.

—No tiene importancia. Me he limitado a decirle que perdía su tiempo. Comprenderá usted que no puede ser nada cómodo una mujer que posee las facultades que yo tengo.

— ¡Indudablemente! Con franqueza y sin deseo de ofenderla, señorita, debe de ser un infierno.

— ¿A qué se refiere?

—A la vida de un pobre marido que tenga la fatalidad de casarse con una mujer como usted. Compréndame, por favor. No se trata de belleza y todo lo demás: usted es una de las mujeres más bonitas que he visto en mi vida. Me refiero, naturalmente, a lo «otro».

—A la telepatía, ¿verdad?

—Sí. Es un gran inconveniente; porque, como supongo, lo peor es que ustedes, sin darse cuenta, leerán el pensamiento de los demás. ¿No es así?

—No, señor. Cuando deseamos inmiscuirnos en las mentes del prójimo o queremos recibir mensajes telepáticos de personas que están lejos de nosotros, debemos realizar un gran esfuerzo.

—No importa. Una mujer no podría resistir la curiosidad de saber lo que su marido está haciendo en la oficina y conocer el sexo de los miembros de ciertos Consejos de Administración. ¡Horroroso!

Ella rió, con franqueza, juvenilmente, mostrándose mucho más encantadora que hasta entonces.

Warner se mordió los labios.

Jugándose el todo por el todo y deseando que ella no se «metiese» en sus pensamientos, reconoció que era, en verdad, una deliciosa criatura y que si no poseyese aquellos extraños y desagradables poderes, merecería la pena intentar algo.

La llegada a Washington le alejó aquellas ideas de la mente. El aeródromo estaba completamente desierto y sólo tres hombres se acercaron al primero de los aviones que aterrizaron.

Uno de ellos era Fumigan, el secretario de Estado.

Estrechó vigorosamente la mano de Warner.

— ¿Ha recibido el mensaje que le envié desde Calcuta? —inquirió éste.

—Sí. Hemos de apresurarnos. Las cosas marchan malísimamente mal.

— ¿A qué se refiere?

—Ha estallado una sublevación general. Los antiespaciales han atacado la Casa Blanca y hecho prisionero al presidente. ¿Imagina

usted lo que piden por dejarle en libertad y respetar su vida?

—No.

—Que les entreguemos a todos ustedes, en un plazo que expirará dentro de doce horas. ¡No sé cómo han sabido que venían hacia aquí!

—Ellos lo saben todo — sentenció Warner.

Y después de una pausa:

— ¿Qué les contestó usted?

—Que estaba completamente de acuerdo.

— ¿Cómo?

—Compréndalo usted, Warner. Si me hubiese negado en principio, hubieran actuado y ahora estaría este campo rodeado de gente armada que no nos dejaría salir. He ganado unas horas, ya que ellos se han convencido de que no permitiría que le ocurriese nada al presidente. Pero, en estos momentos de desesperación, la vida de un hombre, aunque sea el presidente de los Estados Unidos, importa verdaderamente muy poco...

— ¿Cuál es su plan?

—He hecho trasladar, por hombres no receptores-telépatas, todos los aparatos, utensilios y el satélite a medio terminar, a los sótanos de la base experimental «Kramer». Quinientos hombres, armados hasta los dientes, protegen esas instalaciones.

»De todas formas, ellos, los amotinados, son muchísimos más, cientos de miles o millones. Si nos damos prisa y conseguimos terminar el aparato dentro de las doce horas que me han dado de plazo, tendremos una pequeña posibilidad de triunfo.

— ¡Doce horas! —suspiró Warner.

Luego se hizo a un lado, ya que el Dhai-Lama se acercó a ellos, estrechando la mano del secretario de Estado.

Cuando se informó de los pormenores de los acontecimientos que Fumigan acababa de contar a Warner, frunció el entrecejo.

—En efecto, doce horas son muy poco. Pero ya veremos.

Capítulo VI

Se trasladaron rápidamente a la base y Warner se admiró de la estupenda disciplina que reinaba entre aquellos hombres.

Fumigan había demostrado su valía al coger gente que no estaba afectada por las órdenes telepáticas procedentes del espacio exterior. Plenamente convencido, desde la visita de Edwin, de que habían descubierto el verdadero mecanismo de la locura que padecía la humanidad entera, colaboró maravillosamente, realizando aquella selección humana que, al menos por un momento, constituía una magnífica salvaguardia contra el gentío desenfrenado y enloquecido por los antiespaciales.

El Dhai-Lama organizó rápidamente un grupo de sus voluntarios que, a sus órdenes directas, se encargarían de defender el «frente mental» de la Base, ya que lo fundamental era evitar que «ellos» lograsen destruir su poderosa y necesaria personalidad.

Antes de retirarse a la estancia, situada en la parte alta del edificio, junto a sus hombres, llamó a Warner.

— Señor Collier — dijo —, el secretario me ha informado que usted va a dirigir los trabajos junto al profesor. Kurina les ayudará. Puede tomar tranquilamente la mitad de los efectivos destinados a la defensa. Si los necesitamos, los emplearemos con las armas; pero, inicialmente, son más necesarios en los talleres.

— ¡Pero si esos hombres no han visto una llave inglesa en toda su vida! ¿Ignora usted que pertenecen al Cuerpo de Protección y Seguridad del Estado?

—No —dijo el oriental, poniendo amistosamente la mano sobre el hombro del joven—; no lo ignoro. Pero hágame caso, amigo. Kurina le ayudará a comprender.

La joven, que estaba a pocos pasos de ellos, se acercó al Lama, hablándole en su lenguaje. Luego, cuando el hombre se alejó, la muchacha se acercó a Collier.

— ¿Preparado, señor incrédulo?

— ¿Yo? ¿Por qué?

—He leído lo que usted pensaba cuando hablaba con él.

Warner sintió una molesta y desagradable picazón en la nuca, signo inequívoco de que estaba a punto de salir de sus casillas.

— ¡Oiga, jovencita! —exclamó, procurando dar a sus palabras el tono más desabrido posible—. Espero que ésta sea la última vez que se «mete» usted en mi mente. Aquí, no lo olvide, estamos en los Estados Unidos de América y está prohibido inmiscuirse en la vida

particular de los demás. ¿Ha entendido?

Ella debió darse cuenta de que estaba realmente ofendido.

—No tema —dijo—. Nunca más lo haré.

Guardaron un penoso silencio, que interrumpió él.

—«Su» Lama me ha dicho que usted iba a ayudarnos en los talleres. Si no le molesta, podemos empezar cuanto antes.

—Sí —repuso ella, con el mismo tono cortante y frío que él había empleado—. Pero me ha parecido oír que usted debía tomar la mitad de los efectivos armados.

Los doscientos cincuenta hombres, al enterarse de lo que se pedía de ellos, se echaron a reír estrepitosamente. Warner se vio obligado a imponer un poco de orden y así consiguió que penetrasen silenciosamente en el taller, donde el profesor trabajaba con algunos ayudantes.

Kurina se le adelantó, saliendo a su encuentro.

—Haga el favor de ordenar que formen ahí enfrente.

Luego, cuando Warner lo hubo hecho, ella se volvió hacia el físico, al que hizo venir a su lado para decirle:

—Perdone, profesor. Voy a rogarle, para ir más aprisa, que piense en todo lo que hay que hacer para terminar el satélite. Usted debe limitarse a cerrar los ojos y pensar en ello, como si estuviese dirigiendo el trabajo. Es muy sencillo —añadió, con una sonrisa encantadora en sus labios.

El profesor asintió, obedeciendo.

De repente ella se volvió, con una brusquedad extraordinaria, hacia los hombres que la miraban, con una sonrisa burlona la mayoría de ellos.

—¡¡DORMID!! —gritó.

Y, ante la estupefacción de Warner, los doscientos cincuenta hombres cerraron los ojos al unísono.

Así permanecieron cerca de diez minutos.

Collier miró a la muchacha.

También Kurina tenía los ojos cerrados, pero de todos sus rasgos, a diferencia de los hipnotizados, que no poseían expresión alguna, brotaba una energía que hizo estremecer al joven.

Luego, tan de repente como había empezado, la joven abrió los ojos, fijándolos en los hombres.

— ¡A TRABAJAR! —gritó—. ¡Cada uno a su puesto!

Parecía que todos aquellos muchachos no habían salido toda su vida de unos talleres de astronáutica. Disciplinados, ordenados y rápidos, se dirigieron hacia las fresadoras, las soldadoras, las cajas de herramientas y al instante, como por el efecto de algo tremendamente misterioso, el taller se llenó de ruidos, de silbidos, de chirridos, demostrando una actividad sorprendente.

Warner no salía de su asombro.
Kurina había despertado al profesor.
—Perdone la molestia, señor.
Pero el otro le miraba boquiabierto.
— ¿Cómo ha podido hacer eso, señorita?
Ella sonrió.
—No ha sido, muy difícil —dijo—. Primero he hecho que usted rememorase los detalles de la fabricación del satélite. El significado de la mayoría de ellos me escapaba, ya que no comprendo casi nada de ingeniería; pero mi papel se reducía a fragmentar sus instrucciones y transcribirlas, mentalmente, a los hombres que el señor Warner había dispuesto. Lo que sí hice fue ofrecerles los conocimientos que me llegaban de usted, en vez de imponérselos yo misma.
— ¿Por qué?
—Porque así fueron ellos mismos los que seleccionaron su «oficio» atendiendo a una línea vocacional.
— ¡Es sencillamente maravilloso! —Exclamó —el profesor.
Mordiéndose los labios, Warner salió de allí, dirigiéndose hacia las defensas donde, como pensaba, estaba mucho más a gusto.
Fred estaba allí, junto a algunos de los hombres que montaban la guardia en uno de los sectores.
— ¿Cómo va eso ahí abajo? —inquirió Lipner.
El otro se encogió de hombros.
—Con gente como la que hemos traído del Tíbet no te preocupes por nada, muchacho.
Y le contó lo que había hecho la joven con los hombres y el profesor.
— ¡Esa muchacha es un tesoro! — exclamó Fred, con los ojos en blanco—. En cuanto termine todo esto, si acaba bien, creo que me atreveré a decirle algo.
—No hará falta que se lo digas, muchacho. En estos momentos, con toda seguridad, ha leído tu pensamiento y sabe exactamente lo que deseas de ella.
El otro enrojeció como un pimiento.
— ¿Eso es verdad, Warner?
— ¡Claro que sí!
—Entonces haré lo imposible para que no me vea jamás. ¡Es capaz de sacarme los ojos!
Y se alejó, dejando a Collier con una divertida sonrisa en los labios.
Momentos más tarde se le acercó el secretario de Estado.
—Vengo de abajo —dijo—. El profesor me ha dicho que, al ritmo actual, necesitaremos, aproximadamente, dos horas más que

las del plazo que me concedieron los rebeldes.

Frunció Warner el entrecejo.

— ¿Dos horas más? No me gusta nada, señor.

—No seamos demasiado exigentes, Collier; en realidad, lo que se está haciendo abajo es maravilloso.

—Ya lo sé. Y no me quejo ni crítico la labor de esa mujer y del Lama; también él combate en estos momentos. Pero desearía que el satélite estuviese fuera del alcance de los fanáticos que, sin duda alguna, nos atacarán.

— ¿Qué cabida tendrá el satélite que están montando? Me ha parecido muy grande.

— Unos cincuenta hombres. La novedad ideada por el profesor es el de la propulsión atómica directa, lo que evita lo engorroso de los proyectiles balísticos. El satélite será lanzado por una verdadera explosión nuclear, pero convenientemente orientada y canalizada. Así, en pocos segundos, se alcanzarán las capas de la ionosfera, donde puede ya crearse una órbita.

— ¿Y... el regreso?

—Eso ya no lo sé, señor. El profesor me habló, hace muchísimo tiempo, de las dificultades que le reservaba esa parte del proyecto; pero en aquella época le escuché con limitada atención.

—Comprendo.

Y después de una pausa.

—Voy a echar una nueva ojeada ahí abajo —dijo Fumigan—. Estoy verdaderamente nervioso; como nunca lo estuve en la vida.

Una vez que el secretario hubo desaparecido, Warner se dirigió hacia la parte alta del edificio, colocándose junto a la ventana que daba al salón que había ocupado el Lama.

El espectáculo, allí dentro, era semejante al que habían visto horas antes en el Tíbet.

Quizá los enloquecidos «voluntarios» de aquel misterioso personaje estaban más excitados, gritaban más y mostraban una mayor agresividad; pero, en general, el cuadro no se diferenciaba mucho del otro.

Warner pensó en la tremenda lucha mental que estaba desarrollando aquel hombre y la colosal de sus lejanos enemigos. Haciendo un esfuerzo, logró imaginárselos, tal y como los había descrito el Lama.

Y un escalofrío de horror le recorrió la espalda.

Había leído no pocas historias de anticipación, pero aquella repugnante manera de reproducirse y la forma de «morir», si aquello podía ser calificado de muerte, le pareció tan anormal como horrible.

«Aunque es posible —pensó— que ellos nos juzguen tan

repugnantes como yo lo estoy haciendo en estos momentos. Todo es relativo y estoy viendo que lo monstruoso no es más que lo que choca a nuestros conceptos estéticos.»

Vio, momentos más tarde, a Kurina que penetraba por otra puerta y hablaba unos instantes con el Lama. Después, inesperadamente, el oriental señaló hacia la ventana, ella sonrió y se acercó a la puerta de aquel lado, saliendo junto al lugar en que estaba el americano.

—Le estaba buscando, señor Warner.

— ¿Ha sido el Lama quien le ha indicado mi paradero?

—Así es.

—Usted podía haberme encontrado fácilmente, ¿no es verdad?

—Sí. Pero soy mujer de palabra. Le dije que no volvería a emplear mis poderes telepáticos con usted. ¿Lo ha olvidado acaso?

—Veo que es usted exactamente maravillosa.

—Usted tendrá también que prometerme una limitación de adjetivos, señor Collier.

—Está bien, está bien. ¿Puede saberse dónde se me necesita?

—Abajo, el profesor desea ultimar unos asuntos con usted.

—Vamos.

Descendieron hacia los talleres, donde reinaba la misma efervescencia. Y allí se quedó Warner, junto al profesor, durante las largas horas que siguieron, terminando de montar la tremenda esfera que asomaba ya por encima del recinto cerrado del taller, como una monstruosa cabeza redonda.

El profesor y el joven se dedicaron a montar la lista de los probables pasajeros, con ayuda de Kurina.

— ¿Cuántos hombres «voluntarios» necesitará el Lama?

—Necesitaría unos veinte — dijo ella —, pero se arreglará con una quincena.

— ¿Serán suficientes? —insistió Warner—. No hay que olvidar que ha de ser él quien «trabaje» el asunto allá arriba.

—Con quince habrá bastantes —replicó ella.

Se calcularon después los demás y se montó un equipo que empezó a colocar en el interior del satélite todo lo necesario, así como vituallas para dos semanas.

— ¿Habrá suficientes? —inquirió el profesor.

—No podemos sobrecargar el aparato —le aconsejó Warner—. Quince días son mucho tiempo, o pueden ser muy poco. Pero no podemos exponernos a que el satélite, por exceso de peso, no alcance la altura deseada.

Así avanzó la tarea, mucho más aprisa que lo que todos habían imaginado.

Hasta que Kurina, que reía charlando con el profesor y el joven,

palideció intensamente, entornando sus bellos ojos.

— ¿Qué le pasa? —inquirió Warner, tan sinceramente aterrado que se atrevió a cogerla por los hombros, creyendo que se ponía súbitamente enferma.

Ella permaneció unos segundos en aquella postura estática; después, desasiéndose suavemente de Warner.

—Perdonen —dijo—. El Lama me llamaba. Cientos de hombres armados se dirigen hacia la base.

Collier se mordió los labios.

—Tenemos medio vacíos los puestos de defensa — miró a la muchacha—. ¿No es posible liberar a algunos de los muchachos que están trabajando en el proyecto?

—Sí. Algunos ya no son, esencialmente, necesarios.

— ¡Despiértelos, Kurina! ¡Los necesitamos urgentemente en los puestos de combate!

Abandonó los sótanos y subió las escaleras como una exhalación.

Fred se había dormido Sentado en una silla en la primera terraza. Lo despertó sin contemplaciones.

— ¡Da la señal de alarma! —dijo—. ¡Van a empezar a atacarnos de un momento a otro!

— ¡A tus órdenes, general!

Hacía ya cerca de dos horas que había amanecido y Warner pudo distinguir poco después la caravana de vehículos que se acercaba por la autopista central. Sirviéndose de unos gemelos de campaña, vio que los asaltantes estaban correctamente armados.

— ¡Canallas! —exclamó sin poderse contener—. ¡Y pensar que vosotros abogabais por el desarme general!

Luego, al pensar en que aquellos hombres, como casi todo el resto de los humanos, no eran más que autómatas en manos de «Ellos», sintió la congoja por los muertos y heridos que iban a resultar en el combate.

Le hubiera agradado que fuesen «ellos» los asaltantes, con sus cabezas descomunales y sus cuerpos esféricos.

¡Con qué gusto hubiese disparado contra aquellas repugnantes criaturas!

Unos trescientos metros antes de llegar a la base, los hombres descendieron de los camiones, desplegándose rápidamente. Gracias a los gemelos, pudo Warner percatarse de que algunos de ellos estaban montando morteros en aquella línea de fuego.

«La cosa se va poniendo verdaderamente fea.»

Deseó en aquellos momentos que Kurina olvidase su promesa y acudiese a su lado, ya que deseaba mantener informado al profesor de la clase de armamento que tenían los asaltantes, de manera a

que activasen al máximo la terminación del dichoso satélite.

Apenas se había movido hacia uno de los grupos defensivos, ordenándoles que preparasen un fuego concentrado sobre los lugares donde el enemigo había montado sus morteros, cuando una mano se posó sobre su brazo derecho.

Volvióse, encontrándose ante la muchacha.

—Su deseo llegó hasta mí, señor Warner. ¿Me perdonará si he faltado a mi palabra en esta ocasión?

Él estuvo a punto de decirle todas las cosas que le hervían en el cerebro; pero ella, adivinando sus ideas, se atrevió a taparle la boca con su mano.

—Promesa por promesa —dijo—. He venido para servirle de enlace con el profesor, tal y como deseaba. Uno de mis hombres se ha quedado allá abajo. Usted no tendrá más que ir comunicándome lo que desee que le diga al profesor.

— ¡Pero usted no puede quedarse aquí! Es arriesgado.

—No tengo miedo.

Justamente, en aquel momento, el enemigo empezó a disparar violentamente contra las instalaciones de la base.

Frenético, Warner iba de un lado para otro, mansamente seguido por la muchacha, dando instrucciones y animando a aquellos hombres que se batían como leones.

Las primeras granadas de mortero empezaron a hacer saltar trozos de la terraza superior.

Warner se volvió hacia Kurina.

— ¡Por el amor de Dios, váyase de aquí!

Ella le sonrió.

—No pensemos en nosotros — dijo dulcemente.

— ¡Usted es demasiado importante para el proyecto, Kurina! Hágame caso y váyase abajo. Ya me arreglaré yo como pueda.

Cerró ella en aquel momento los ojos.

—El profesor dice que le bastarán quince minutos para poder terminarlo todo.

— ¡Maravilloso! —exclamó él.

—Dice, además, que puedo despertar a quince hombres más. Voy a hacerlo desde aquí.

Silbaban las balas y las granadas de un modo furioso. Poco después Kurina volvía a concentrarse.

— ¡El satélite está dispuesto! —exclamó, gozosa.

Bajaron, después de ordenar a los hombres que se entregasen cuando el aparato hubiese abandonado la base.

El Lama estaba ya allí, con sus «voluntarios».

Fueron subiendo al colosal aparato y distribuyéndose en su interior tal y como habían estudiado antes.

El secretario estaba pálido como la muerte.

Se acercó a Collier y, cogiéndole fuertemente por el brazo.

— ¿Qué hago yo, muchacho?

— ¡Venir con nosotros! Los Estados Unidos necesitarán de usted para iniciar la reconstrucción del país. El presidente y el vicepresidente han muerto. Pero la nación necesita vivir y ha de haber alguien que cure sus heridas y le infunda ánimo para volver a ser lo que fue.

Instantes después el satélite abandonaba la Tierra.

Capítulo VII

El rugido de la descarga atómica fue formidable. Sin tiempo para preparar mecanismos de defensa, los tripulantes del satélite sufrieron totalmente los efectos de la brutal aceleración inicial, perdiendo el conocimiento en una décima de segundo.

Al volver en sí, ya en la órbita, a dos mil kilómetros de la superficie del Globo, hubieron de luchar contra los efectos de la velocidad adquirida; pero, en aquel momento, el profesor puso en funcionamiento los aparatos antigravitatorios y la normalidad se restableció en el interior del aparato.

Se puso en marcha, velozmente, el plan que ya había sido estudiado en tierra.

Una sala lateral, la más amplia de todas, le fue totalmente destinada al Lama y sus «voluntarios» que ya empezaban a percibir los ataques telepáticos de los enemigos.

Warner se colocó junto al profesor, en la sala de mandos.

Edwin, Fred y Kurina le acompañaban.

En cuanto al secretario de Estado, se le concedió el privilegio de ocupar la sala de transmisiones. Sentado ante los micrófonos de las tres emisoras de que iba dotado el aparato, empezó a enviar mensajes a la Tierra asegurando a los hombres que no sufrían la influencia telepática fatídica, que sus horas de sufrimiento acabarían pronto y que se preparasen para reanudar su vida normal.

Les explicó la clase de peligro que estaban pasando y les aseguró que todo tendría fin y que la humanidad saldría victoriosa de aquella lucha que había empezado tan desigualmente.

Gracias a sus profundos conocimientos de lenguas vivas pudo radiar a casi todos los países del mundo, rogándoles que utilizasen las emisoras para hacer universal su mensaje de esperanza.

Warner le fue a ver poco después.

— ¿Cómo va eso, señor?

Fumigan tenía los ojos arrasados de lágrimas.

—Estoy muy emocionado, muchacho. Acabo de captar una emisión que repite mis palabras una a una. Cuando pienso en los millones de seres que están libres de la influencia telepática de esos malditos y que habían perdido ya toda esperanza, me estremezco de horror.

»Las falsas organizaciones pacifistas, las que, sin saberlo, estaban preparando la llegada de esos monstruos espaciales, habían adquirido un tal auge, que todo cedió ante su fuerza, ante su brutal

impulso.

»Ahora los primeros mensajes esperanzadores empiezan a cruzar el éter. Los hombres saben que todo no se ha perdido aún y que nuestros viejos tiempos, llenos de insensateces, pero «nuestros», pueden volver.

»Es verdad que hemos cometido muchísimos errores; pero creo que después de la lección que estamos recibiendo los hombres comprenderán al fin la inutilidad de sus estúpidas diferencias, lo absurdo de sus infantiles querellas...

—Eso es la lógica reacción que todos esperamos — dijo Warner, sinceramente emocionado—. ¡Ojalá sirva esta lección para hacernos un poco más humanos!

La llegada de Fred, pálido como la cera, interrumpió sus palabras.

— ¡Aprisa, Collier! ¡Esa gentuza ha lanzado a la órbita del satélite un enjambre de meteoritos artificiales! ¡Quieren hacernos añicos!

— ¡Corramos al cañón de proa!

Atravesaron el aparato como dos exhalaciones. Una vez en la cabina de proa, Warner ocupó el asiento metálico ante el cañón desintegrador.

— ¡Ocúpate del radar, Fred!

No tardó mucho tiempo Lipner en distinguir en la pantalla la miríada de meteoritos hacia los que se dirigían fatalmente.

— ¡Fuego! —gritó.

Una llamarada formidable, de color azulado, brotó de la proa del satélite, abriendo una brecha en la masa de los meteoritos y pasando tan justo por ella que algunos laterales golpearon cruelmente la envoltura del aparato.

La lucha, a partir de aquel preciso momento, fue épica.

Poco a poco, no obstante y abriendo el haz de rayos desintegradores del cañón, Warner logró hacer un pasadizo entre los meteoritos lo suficientemente amplio para que el satélite pasase sin peligro alguno.

Una hora más tarde se secaba el sudor que perlaba su frente y salía, con Fred, de la cabina.

— ¡Uf! — exclamó —. ¡Lo hemos pasado apuradillo! ¿Eh?

—No me digas. Esos malditos lograrán que termine cardíaco.

— ¿Y si fuésemos a ver cómo sigue la otra lucha?

— ¿A qué te refieres?

—A la que sostiene ese formidable Lama. Nosotros hemos cañoneado los meteoritos materiales; él se encarga de los mentales.

— ¡Es para volverse loco!

—Ya tendrás tiempo, si regresamos a la Tierra, de ingresar

voluntariamente en cualquier manicomio. Con la recomendación del secretario de Estado hasta es posible que te den doble número de duchas heladas al día.

—No sé cómo tienes ganas de bromas, Collier.

— ¿Quieres que me ponga a llorar?

Habían llegado junto a la cabina donde estaba el oriental, tropezándose con Kurina, que salía en aquel instante de allí.

— ¿Cómo va eso? —preguntó Warner.

—Regular.

— ¿Regular?

—Sí. Están utilizando un fuego concentrado verdaderamente horrible. Es probable que los «voluntarios», recargados de comunicaciones telepáticas nocivas, no recobren jamás su salud mental.

— ¿No se puede hacer absolutamente nada para impedirlo?

—Por ahora no. «Ellos» no se dan por vencidos, a pesar de que el Lama ha comenzado a responderles. Aprovechándose de que estamos mucho más cerca de ellos, ha iniciado su ataque, enviando corrientes mentales destructoras sobre las mentes que trabajan en contra nuestra.

Los ojos de Fred brillaron como ascuas, apasionado por aquella lucha.

— ¿Y sabe usted, señorita, si ha logrado poner fuera de combate a alguno de esos mamarrachos?

Ella sonrió.

—Completamente segura, amigo mío. Usted no puede concebir la potencia mental de ese hombre. Desdichadamente, por cada uno que anula, acuden cien.

— ¿Oyes, Warner? ¡Es como en la guerra! ¿Lo recuerdas? Por un tipo que tumbábamos, salían ciento de la trinchera.

—Lo recuerdo, Fred. —Y volviéndose hacia la joven—: ¿Cuáles son exactamente los proyectos del Lama, Kurina?

—Vencer la barrera de mentes que se oponen a que llegue hasta la del jefe.

— ¿Y cuándo lo haya logrado?

— ¡Luchar con él!

— ¿Mentalmente?

—Sí.

— ¡No debe ser manco ese jefe! —intervino Fred.

—Tiene usted razón, Lipner —dijo ella—. El jefe de esas criaturas debe poseer un cerebro único. Él es, en el fondo, quien lo dirige y proyecta todo.

— ¡Será un combate horrible!

Ella frunció el entrecejo.

—Tengo miedo por el Lama —musitó—. Está muy cansado y lleva semanas sin dormir. Yo, pobre de mí, no he podido sustituirle más que en contados momentos; pero ha sido él quien ha llevado la carga de esta alucinante lucha.

—Lo comprendo —dijo Warner—. ¡Si al menos pudiésemos hacer algo por él!

—No podemos hacer nada — repuso la joven —. Ni ustedes ni yo.

Guardaron silencio un rato.

Los desesperados gritos de los «voluntarios» enloquecidos llegaban hasta ellos amortiguados por las paredes aislantes del satélite.

—Los que manejan los bastones —dijo ella—, para impedir que hagan daño al Lama, ya no pueden más.

—Podíamos sustituirlos — apuntó Collier con poca seguridad.

—No. Desdichadamente, ustedes no entienden el tibetano. No sabrían entenderlos y, por ende, el momento en que van a atacar.

—Voy a ver cómo sigue el profesor — dijo Fred. Y volviéndose a Warner—: ¿Es verdad que está revisando los mecanismos que podrían facilitar el regreso del satélite a la Tierra?

—Sí. Acércate a verle y échale una mano. Creo que no está con él más que Edwin.

El joven se alejó y Warner aprovechó el estar solo con la muchacha para decirle tiernamente:

—Está cansada, ¿verdad?

—Un poco.

—No puede imaginarse lo que me pesa el haberles metido en este jaleo.

—Era necesario.

—No lo creo. Ustedes hubiesen podido vivir estupendamente bien, defendiéndose contra «ellos» en el Tíbet. Hasta es posible que les hubiesen dejado tranquilos, una vez hubieran conquistado la Tierra.

— ¡Qué equivocado está usted! Mientras, en cualquier lugar, las fuerzas telepáticas son homogéneas, es decir, proceden de seres semejantes, la paz está asegurada. Pero en cuanto existen fuerzas mentales adversas, antagonistas, la guerra se declara y no termina más que con la destrucción mental del más débil.

— ¿Y si el Lama hubiese aceptado lo que «ellos» le ofrecían?

—Habría cometido el error más grave de toda su existencia. Las promesas eran miríficas, falsas hasta lo más hondo. Si el Lama hubiese cedido a ellas, lo hubiesen terminado de destrozar, reduciéndole a un estado mental inferior al de cualquier imbécil.

— ¡Traidores!

—No se les puede tratar de tal, señor Collier. Ellos están obligados a anular las mentes que se opongan a sus planes de ocupación en el Cosmos. De otra manera, jamás dominarían completamente y sus conquistas tendrían cimientos de arena.

—Comprendo.

—Por eso luchan tan desesperadamente. Es su propia existencia, su supervivencia la que defienden con garras y dientes. Porque saben que si alcanzamos la victoria en esta batalla, tendrán que retroceder ante una raza que sabrá aprovechar las enseñanzas de esta lucha.

— ¿Qué quiere usted decir?

—Que el Hombre, informado ya plenamente de la existencia de fuerzas mentales cósmicas, desarrollará sus propias facultades, armándose y preparándose, de modo a no ser sorprendido nuevamente, como le ha ocurrido ahora.

»Después, cuando la posibilidad de un ataque sea imposible, la Humanidad, que habrá desarrollado plenamente los viajes estelares, no se conformará con defenderse, sino que atacará, por sus mismas armas, a esos que se atrevieron a penetrar en nuestro Sistema Solar.

»Empezará entonces la verdadera guerra telepática universal, de la que nuestra actual lucha no es sino una primera escaramuza. Hombres poderosos, dotados de mentes únicas, navegarán por el espacio, destruyendo el poder que reina ahora en todos los planetas del Sistema. Y después, naturalmente, cuando haya desalojado a sus enemigos de su pequeño feudo en el cosmos, le perseguirá a través del universo, hasta que lo haya hecho desaparecer para siempre.

— ¡Me da usted miedo, Kurina!

— ¿Miedo? ¿Por qué?

—Porque yo esperaba una era de paz y felicidad. Porque ansiaba que volviesen a establecerse los hogares tranquilos, los pequeños y encantadores problemas de las familias…

—Y eso llegará, no lo dude. Han de pasar siglos y siglos para que el Hombre consiga dominar las fuerzas que posee su mente y que hoy yacen inútiles, como herramientas abandonadas y cubiertas de polvo.

»Nosotros no conoceremos esas épocas de lucha estelar, amigo mío. Y, si las conocemos, no serán más que los primeros encuentros, todavía indecisos, vacilantes, sin el empuje final, que se desarrollará después.

—Me quita usted un gran peso de encima. Yo deseo mi pequeña paz; egoísta, si se quiere, pero profundamente deliciosa. Creo, además, con una convicción que raya en el fanatismo, que cuando un hombre ha ayudado a los otros a salir de un mal paso, tiene el derecho de que le dejen tranquilo y que sean otros los que tomen

las riendas de la responsabilidad.

Ella le miró fijamente.

—Es usted muy curioso, señor Collier.

Fue en aquel momento y de la manera más inesperada del mundo, cuando la tez de Kurina palideció hasta un punto inconcebible.

Warner se asustó de veras, cogiéndola en sus brazos y besándola, como si temiese que se fuese a esfumar ante él.

— ¿Qué te pasa, Kurina? ¡Dime! ¿Qué ocurre?

Ella reaccionó rápidamente; pero no se desasió de los brazos del hombre.

— ¡Corre! —dijo—, ¡FRED ESTA INTENTANDO MATAR AL PROFESOR!

Soltándola, el joven corrió a toda velocidad hacia la cabina de mando, donde penetró como una tromba.

Kurina no se había equivocado.

Formando un solo cuerpo, Fred y el profesor peleaban como animales salvajes. Edwin, de rodillas, hacía lo posible por separarlos.

Warner no dudó ni un solo instante.

La pistola surgió como por arte de magia de su bolsillo. La tomó por el cañón y, tras sujetar por la ropa a su ayudante, le propinó un golpe seco, haciéndole desplomarse sin sentido.

Kurina llegaba en aquel instante a la puerta de la cabina.

Suspiró al ver que Collier había logrado dominar la situación.

—HAN SIDO «ELLOS» — dijo señalando a Fred.

—Ya me lo imaginaba —repuso el joven—. Desde que me preguntó con tanto interés por lo que estaba haciendo el profesor, debía desconfiar.

Y volviéndose al médico.

— ¡Átalo bien, Edwin!

Salió, junto a la muchacha, después de tranquilizar al profesor.

— ¿Empiezan a estar desesperados, eh, Kurina?

— ¿A qué te refieres?

—A «ellos». Están intentando enloquecernos a nosotros, ya que no pueden con el Lama.

—Creo que es eso.

—Lo importante es que el Lama logre destrozar la barrera que protege al jefe. ¡Estoy seguro de que lo destrozará en un periquete!

— ¡Ojalá tuviese yo tu misma seguridad!

— ¿Dudas del poder del Lama?

— ¿Dudar? No, Warner. Pero he aprendido a calibrar los poderes de los demás. No olvides que, en varias ocasiones, sustituí al Lama. Y conozco, por propia experiencia, la potencia de la mente

de esas criaturas.

— ¿Tú también las viste?

—No. Me lo prohibió el Lama. Seguro que no hubiese podido reteleportarme si me hubiesen llamado junto a ellos.

Collier palideció.

—No lo harás nunca, ¿verdad?

Ella sonrió y tomándole por la mano:

— No temas.

Se quedó nuevamente pálida y Warner temió, por un instante, que ellos hubiesen captado la conversación y deseasen demostrarle su poder, robándosela ante sus propias narices.

Se aferró a ella, con una violencia extraordinaria.

— ¡Kurina, amor mío! —suplicó.

Ella abrió los ojos inmediatamente.

— ¡Vamos! ¡El Lama nos llama!

Corrieron, extrañándose, al entrar en la cámara, al ver que todos los «voluntarios» yacían inertes, en el suelo.

— ¿Qué ha ocurrido? —inquirió Warner.

—Han conseguido matarlos —dijo el oriental—. Al ver que yo empezaba a perforar la barrera que protege a su jefe, concentraron todas las fuerzas contra mí y esos desdichados no pudieron resistir la energía destructiva que enviaron.

— ¿Y qué haremos ahora? —se alarmó Warner. El otro le sonrió.

—Aproveché su propia energía para reenviársela. Y casi la totalidad de la barrera ha sido destruida. ¡ESTOY ANTE EL JEFE!

Le miraron con los ojos muy abiertos.

— ¡No es posible! — exclamó Collier.

—Sí, hijo mío.

— ¿No se ha lanzado aún al ataque?

—No. Mide sus fuerzas y las compara con las mías.

— ¿Conoce usted las suyas?

—Es UNA CRIATURA MUY POTENTE, Warner; EXTRAORDINARIAMENTE PODEROSA.

El joven, sin poderlo impedir, se estremeció.

— ¿Entonces? —inquirió con voz insegura.

Los ojos del Lama se cerraron.

— ¡AQUÍ ESTA! —gritó—, ¡LA LUCHA EMPIEZA!

Capítulo VIII

Se le quedaron mirando, retrocediendo Warner unos pasos, como si temiese que, al empezar aquella inconcebible lucha, llegasen hasta él los efluvios malignos que el jefe de «ellos» lanzaba, en aquellos momentos, contra el Lama.

Kurina estaba inmóvil pendiente de la expresión de su compatriota.

Éste, después de unos instantes de aparente paz de expresión, empezó a contraer espasmódicamente todos los músculos faciales, como si hiciese muecas. Después cerró los puños, rechinó de dientes y permaneció silencioso, como si se hubiese convertido en una estatua de piedra.

Alguien tocó en la espalda a Warner.

Era Edwin.

— ¿Qué pasa? —musitó el joven.

—El profesor te llama — repuso el otro en voz baja.

Salieron.

Una vez fuera, el médico señaló la sala que acababan de abandonar.

— ¿Ocurre algo malo, Warner?

Éste, antes de contestar, se secó el sudor que empapaba su frente.

—Es horrible —dijo—. Nunca, aunque me lo hubiesen jurado, hubiera creído una cosa semejante. El Lama lucha con el jefe de nuestros enemigos.

— ¿Mentalmente?

—Sí. Debe de ser espantoso.

—Y que lo digas; además, cuando pienso que todo depende de ese combate invisible, se me pone la carne de gallina.

—Esperemos que la suerte siga acompañándonos.

Habían llegado a la cabina de mando.

Fred seguía atado y dormitaba plácidamente. El cansancio, sumado a la influencia hipnótica que había recibido, lo habían rendido definitivamente.

— ¡Ah! — dijo el profesor, poniéndose en pie —. ¡Ya están ustedes aquí!

— ¿Qué hay, profesor?

— ¡Estoy muy contento, Warner, hijo mío! Creo que he conseguido montar completamente los mecanismos para el regreso.

Collier y Edwin pensaron en la misma cosa —en el Lama

contraído por la lucha— y se miraron significativamente.

El profesor no se percató de nada.

El entusiasmo hacía brillar intensamente sus ojos.

—El problema fundamental — dijo — era el de salir de la órbita, con la suficiente brusquedad para pasar las capas de la atmósfera tangencialmente, evitando la fricción exagerada de tocarlas progresivamente, como ocurrió a los antiguos satélites.

— ¿Y ha superado esa dificultad?

—Por completo. Además, he comprobado el buen funcionamiento de las cámaras de refrigeración, que impedirán un calentamiento excesivo de la envoltura del satélite, en cuanto volvamos a tocar las capas densas de la atmósfera terrestre. ¡Todo está arreglado y todo marcha maravillosamente bien!

— ¡Enhorabuena, profesor! —dijo cordialmente Warner—. Siga trabajando para tenerlo todo a punto. Nosotros volveremos dentro de unos instantes.

Se alejaron de allí y una vez en el pasillo exclamó Collier:

— ¡Cómo le envidio!

— ¿A quién? — inquirió el otro distraído.

—Al profesor. Es el único de nosotros que no se da cuenta de lo que, en realidad, estamos pasando. No está en el satélite.

— ¿Dónde, entonces?

— ¡En la Luna!

—No es él el único.

— ¿Qué quieres decir?

—Ven conmigo —dijo el médico.

Lo llevó hasta la entrada de la cabina de transmisiones. Sentado en el sillón, en mangas de camisa, Fumigan, el secretario de Estado, hablaba sin parar ante una serie de micrófonos. Su voz empezaba a ser ronca.

— ¿Qué quieres? —dijo Edwin—. Todo esto demuestra claramente hasta dónde puede llegar la deformación profesional.

—Así es — asintió el otro.

Continuaron su camino hasta llegar a la puerta de la cabina donde habían quedado los dos orientales.

Cuando iban a penetrar, el grito de horror de Kurina hizo que Warner se precipitase hacia el interior.

La muchacha estaba de rodillas, junto al Lama, medio caído éste en el suelo y con una expresión de horror indecible.

Se precipitaron los dos amigos en ayuda de los orientales.

— ¿Qué ha pasado, Kurina? —inquirió Warner.

Pero ella no contestó.

Tenía los ojos arrasados de lágrimas y acariciaba con una mano la amplia frente del Lama, cuyos ojos estaban desorbitados por el

pánico.

Finalmente, volvió la cabeza, clavando su obsesionante mirada en los ojos del joven.

— ¡WARNER! —gritó.

El americano cogió enérgicamente los hombros del oriental.

— ¿Qué le ocurre, Lama? ¿Qué puedo hacer por usted?

El otro movió la cabeza de un lado para otro.

—Nada, hijo mío. Estoy luchando desesperadamente...

Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Pero me está venciendo — musitó con voz apenas audible—. Me está venciendo. Es demasiado poderoso.

También sintió Warner que las lágrimas asomaban a sus ojos. Recordó, con un estremecimiento, todas las esperanzas que Fumigan estaba sembrando desde sus micrófonos, se imaginó a los hombres, ansiosos porque se les comunicase la ansiada victoria final.

Cerró sus dedos de acero sobre los brazos del oriental.

— ¡No puede ser, Lama! ¡TENEMOS QUE VENCER A ÉSE MONSTRUO! ¡Utilízame como a uno de tus voluntarios! ¡Que intente matarme, ese asqueroso cerdo! ¡Ah, si estuviese aquí! ¡Me lo comería a mordiscos!

Siguió un corto silencio.

El rostro del Lama iba tomando un color ceniciento.

—No puedo... —musitó—; es muy fuerte.

Y, repentinamente, cayó hacia atrás, como un muñeco desarticulado.

— ¡Lama! — aulló —. ¡Lama!

Pero fue completamente inútil.

Fue entonces cuando Edwin le tocó suavemente en el hombro.

Collier se volvió, siguiendo la dirección que le señalaba su amigo.

Un grito de horror brotó de sus labios.

KURINA, DE PIE, CON LOS OJOS CERRADOS, OFRECÍA EL MISMO ASPECTO QUE EL LAMA CUANDO EMPEZÓ LA HORRIBLE LUCHA.

Warner lanzó un rugido.

— ¡Eso no; nunca! —gritó.

Pero Edwin le retuvo, cuando se disponía a lanzarse sobre Kurina.

—Puedes causarle un mal enorme. Déjala. Quiere seguir la lucha.

Intentó desasirse de su amigo.

— ¿Te has vuelto loco, Edwin? ¿Qué puede hacer esa pobre muchacha donde el Lama ha fracasado? ¡Déjame! ¡Déjame! ¡La

quiero! La defenderé, aunque tenga que matarte.

Pero poco después se calmó, comprendiendo que nada podría hacer, ya que no sabía cómo sacar a Kurina del trance en que ella yacía.

Se quedó contemplándola, sufriendo cuando ella sufría, contrayendo los músculos al unísono con ella, haciendo lo imposible por compartir aquel combate desigual y cuyo final no podía dejar de ser fatal para todos.

Durante cerca de una hora, Kurina luchó desesperadamente.

Hasta que empezó a ceder.

De la misma manera que el Lama, fue perdiendo energías. Primero cayó de rodillas; luego fue desplomándose en los brazos de Warner, cuyo rostro mojaban las lágrimas que inundaban sus ojos.

— ¡Ayúdala, Dios mío!

Le desgarraba el dolor; pero, en el fondo, sentía la desesperación de saber que todo aquello había sido estúpidamente inútil.

Edwin le llamó de repente:

— ¡Mira, Warner!

Volvió la cabeza interrogativamente a su amigo.

— ¡Es el Lama! Se está despertando.

Así era, en efecto. El asiático volvía del profundo coma donde había estado sumido.

Durante unos segundos, permaneció con los ojos cerrados, sentado en el suelo, suspirando profundamente.

Abrió luego los ojos.

Fue cuando Warner le gritó, con una desesperación desgarradora:

— ¡LAMA! ¡KURINA! ¡LA ESTA MATANDO ESE MONSTRUO!

El Lama se puso en pie, acercándose a la muchacha, a la que tomó una mano; luego, con la misma expresión bondadosa de siempre, sonrió, al decir:

—Voy a seguir luchando. Ahora, ya estoy como nuevo.

Su rostro se contrajo con un frenesí que asombró a los europeos. Después, inesperadamente, contrajo los puños, rechinó de dientes, rugió, como una fiera y volvió a abrir los ojos, con expresión de cansancio.

—Ya está hecho, amigos míos. EL MONSTRUO HA MUERTO.

* * *

Se reunieron en la sala de mandos.

El profesor llevaba tres horas preparando el regreso del satélite a la Tierra. Habían surgido pequeñas dificultades que, por fortuna, estaban siendo allanadas.

En la cabina de transmisiones, Fumigan, con una gran afonía, proclamaba al mundo, delirante, el triunfo que se había conseguido.

El Lama se había recogido en una cabina para descansar y orar.

Fred, gracias a un procedimiento hipnótico de Kurina, que se había recuperado en seguida, estaba tranquilo y libre de los efectos de la hipnosis telepática.

»Se han ido —había dicho el Lama, antes de retirarse—. Pero la victoria se la debemos a Kurina. Si no hubiese asumido la responsabilidad de la lucha, en el momento en que yo me desplomaba ante la potencia de mi enemigo, éste nos habría destrozado en pocos segundos. Yo era la barrera que defendía a las mentes de ustedes. Kurina, al ocupar mi puesto, se expuso voluntariamente al más horrible de los fines.

»Pero se mantuvo firme, deseosa de dar tiempo a que mi mente fatigada se recuperase. Por eso, cuando reanudé el combate, yo era el más fuerte y el enemigo cayó fulminado para siempre.

»Sin su apoyo, sus huestes escaparon de nuestro natural satélite y hasta de Marte, refugiándose en Júpiter.

»Allí esperarán un momento más oportuno para volver a atacar. Aunque, es muy fácil que seamos nosotros, cuando demos la importancia que merece a la mente humana, los que vayamos a desalojarlos de allí empujándolos hacia los ignotos confines de los que salieron...

Era la verdad.

Apoyados en la barandilla de la torreta de observación, Kurina y Warner veían la Tierra, maravillosamente azul, que pasaba velozmente ante ellos.

Cada veinte minutos penetraban en la zona de la noche y así se sucedían los días y las noches para los tripulantes del satélite.

— ¿Quieres casarte conmigo? — inquirió él.

— ¿Y me lo preguntas?

—No sé, como me habías dado tu palabra de no emplear la telepatía.

Ella rió divertida.

—Tú eres mucho más listo, querido. Dijiste que una mujer no puede dejar de ser curiosa. ¿Cómo crees, entonces, que puedo mantener mi palabra?

— ¿Qué quieres decir?

— Que ahondé hasta en lo más profundo de tu mente. Y me convencí de que me querías de verdad. ¿Me perdonas?

Él lo hizo

Aunque aquel «perdón» — de alguna manera hay que llamar a los besos— amenazó con no acabar hasta que el satélite aterrizase en la Tierra.

FIN

SORPRESAS

«Tanta violencia no podía acabar nunca bien...»

I

En cuanto vio que Jimmy se le acercaba, desde el otro extremo del soleado patio de la prisión, se imaginó que deseaba decirle algo que le venía directamente de Joe.

Y sonrió.

Sonrió, seguro de sí mismo y burlón, con el cinismo que dan diez años de cárcel cuando se tiene, durante todo ese tiempo, un propósito concreto de venganza, algo que alimenta el paso del tiempo y hasta llega a dar razón y destino a un vida de presidiario.

Collie no dejó de sonreír, mirando acercarse a Jimmy que nunca se le había aproximado y que jamás le había hablado a pesar de estar durante todo aquel tiempo detenido dos veces en el mismo penal. Ahora acaba de ingresar, hacía apenas un par de semanas y tampoco había hecho acto de presencia.

Pero él, Collie, iba a salir el día siguiente...

— ¡Hola, Collie!

— ¡Hola, Jimmy!

— ¿Qué? ¿Preparado?

Collie se encogió de hombros.

— ¿Qué quieres? —inquirió, con un tono neutro en la voz—. Se acostumbra uno a estar aquí de una manera tan idiota, que no sabe uno lo que le pasa cuando se acerca el día de largarse.

— ¡Pero ya ha llegado la hora! Y debes estar contento. Los compañeros te esperarán para hacerte olvidar todas las amarguras que has pasado aquí.

Collie miró fijamente al otro.

— ¿También... Joe?

— ¿Y por qué no? ¿Sabes una cosa, Collie? Estuve con Joe hace muy poco. No puedes imaginarte las ganas que tiene de verte. Me dijo algo que me dejó con la boca abierta... No te lo imaginas, ¿verdad?

Y al ver que Collie no despegaba los labios:

— ¡Piensa hacerte su socio, Collie! ¡Imagínate! Joe no ha perdido el tiempo en estos diez años. Es el tío más importante de toda la ciudad y gana la pasta a montones. ¡Ya quisiera yo ser su socio!

— ¿Has visto a Ellen? —preguntó el otro, de sopetón.

Jimmy palideció un poco; pero rehaciéndose en seguida:

— ¿Todavía piensas en ella, Collie?

—Sí.

El otro dudó un poco; luego, con un hilo de voz:

—No, no he visto a Ellen, amigo. No sé dónde está.

—Yo, sí.

El otro tragó saliva con visible dificultad.

— ¿Qué te han dicho, Collie? —inquirió, con una voz insegura —. No debes hacer caso de lo que te digan. La gente habla demasiado.

—Ya lo sé. Pero quien me ha hablado de Ellen no miente jamás.

— ¿Cómo estás tan seguro?

—Porque es mi madre.

Y después de una pausa.

—Joe me robó a Ellen en cuanto me encerraron aquí. Luego, cuando se cansó de ella, le echó de su lado. Y Ellen ha terminado suicidándose, no por ser tan desgraciada, sino porque sabía que yo iba a salir. Además, Jimmy, Joe salió corriendo de aquel banco en cuanto oyó la sirena de la policía. Yo, dentro del cofre blindado, estaba cortando con el soplete la puerta acorazada tras la que estaba el dinero. No podía oír nada, pero él no se molestó en avisarme. Me dejó allí, en la ratonera, con el cadáver del cajero en la puerta...

Jimmy sudaba abundantemente.

—Debes olvidar todo eso, Collie. Joe lo ha olvidado también y está dispuesto a pagarte la deuda que contrajo contigo.

Los ojos de Collie brillaban como ascuas.

—Joe creía que iban a tostarme. El fiscal pidió la pena de muerte y estuvo en un tris que no me sentasen en la silla. Por fortuna, las balas que tenía el cajero en las tripas no eran de mi calibre...

— ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Matarle.

— ¿Para volver aquí?

— ¿Por qué he de volver? Ahora no me dejaré coger en la trampa, como entonces. En aquella época acaba de cumplir los veinte. Hoy tengo treinta y el cabello blanco. ¿Te has fijado en mi pelo, Jimmy?

El otro miró los cabellos canosos de Collie; pero lo que más terror le dio fue aquel brillo decidido de las pupilas del presidiario.

—No intentes matar a Joe, amigo. Está protegido por hombres que no dejarán que te acerques a él. Te llenarán de plomo en cuanto lo intentes...

Collie dejó escapar una risa cortante como un cuchillo.

—No te preocupes por mí, Jimmy. Llegaré hasta él, aunque se haya rodeado de todos los granujas de Chicago. ¿Recuerdas mi puntería, Jimmy? ¿Y mi sangre fría? Entonces, cuando yo estaba en vuestra banda, cuando tenía aquellos hermosos veinte años, todos me teníais miedo. Sabíais que nadie podía reírse de Collie. ¿Recuerdas lo que hice con aquel tipo que se estaba poniendo pesado con Ellen?

La piel de Jimmy había tomado un tono ceniciento.

El otro, con los ojos entornados, seguía recordando, con una cruel sonrisa en sus finos labios.

—Lo colgué del techo, Jimmy; en su propio cuarto. Y le empujé, desde el otro lado, hacia la pared de enfrente... ¡Era verdaderamente emocionante! ¡Si la hubieses oído gritar! Parecía una rata; una asquerosa rata a la que la pisasen el rabo... ¡Palabra!

Hizo un desagradable chasquido con la lengua, que hizo estremecer a su ya aterrorizado interlocutor.

—Cada vez que lo empujaba hacia el otro lado, su cabeza golpeaba contra la pared... ¡y hacia «plaff»! Él gritaba y gritaba, hasta que me puso nervioso y le empujé con más y más fuerza. Parecía un péndulo de esos de los relojes que se ven en las casas antiguas, en las películas... Después, debí darle un empujón demasiado fuerte, porque se calló. ¡Fue una verdadera lástima! Me estaba divirtiendo de una manera bestial. Pero aquel tipo tenía la cabeza muy blanda y le dejé pegados los sesos en la pared. ¡La cara que pondría la patrona cuando le fuera a despertar al día siguiente!

Jimmy estaba helado.

—Todo eso está muy bien —dijo con voz neutra—. Pero yo he venido a rogarte que olvides la afrenta que te hizo Joe; él te quiere como a un buen amigo.

— ¿Tú crees eso? ¿Y se olvidó de avisarme que venía la «poli»? ¿Y me robó la novia? ¿Y ha hecho que Ellen se mate? ¿Y me ha obligado a pasar aquí los diez mejores años de mi vida? ¿A eso llamas tú un amigo? ¿Es eso quererme bien?

Tragó saliva.

— Escucha, alcahuete. Cuando salga de aquí, mañana, dedicaré mi vida a buscar a Joe. Y aunque se esconda debajo del suelo, lo encontraré. Y entonces... — lanzó una risita hiriente como un cuchillo— ¡pasaré un rato de miedo!

El otro asintió con la cabeza.

—Escucha, Collie; yo no te lo quería decir. Pero no quiero que luego digas que te oculté lo principal.

Collie frunció el entrecejo y apretó los dientes. Sin poderse contener, cogió al otro por las solapas de su chaqueta de

presidiario, apretándolo contra la pared.

— ¡Cuidado! —dijo el otro—. ¡Pueden vernos desde la galería!

Collie le soltó en seguida; no deseaba que se demorase, ni un solo segundo, su libertad.

— ¿Qué querías decirme?

El otro se alejó un poco, temblando; luego, cuando se consideró lo bastante lejos de Collie como para estar en lugar seguro, le gritó:

— ¡Tiene a tu madre en rehenes, Collie! Si intentas algo, no la verás más.

Collie se mordió los labios hasta hacerse sangre. Miró cómo el otro se alejaba, volviendo la cabeza, como si temiese que corriese tras él para aplastarlo como un gusano que era.

Después, sin darse cuenta de que manaba la sangre de sus labios, en los que había hundido los dientes con una fuerza salvaje, murmuró para sí, en voz queda:

— ¡Mamá!

II

Lo verdaderamente fastidioso para Mik-86-88 era aquel trajín a que le obligaba el intransigente inspector general de la Zona Cósmica 945-217L. En verdad, cuando regresó a la espacionave, posada en aquel satélite estéril y volcánico, creyó que el inspector no volvería a molestarle y que la expedición podía darse por terminada.

Pero el inspector le había llamado nuevamente.

Mik-86-88 atravesó la astronave, arrastrándose con su único pie, que dejaba una huella húmeda en el suelo. Sus tentáculos, en cuyos extremos estaban colocados sus cuádruples ojos, se mecían al compás de la marcha y sus placas comunicativas estaban blancas, como cuando no funcionaban.

Penetró en la estancia que servía de residencia al inspector y se acercó mansamente al otro, pegando sus placas comunicativas — especie de ventosas — en las de su interlocutor.

— Necesitamos un ejemplar de los que habitan ese planeta.

¿No podía haberlo dicho antes? Cuatro veces había ido a aquel planeta y sobrevolado, en el «Astronef» monoplaza, sus grandes ciudades, sus campos y sus gentes.

— ¿Vivo? — inquirió.

El inspector conocía demasiadas cosas sobre el planeta y hubiese sonreído despectivamente, si hubiera tenido una boca para hacerlo.

—No —repuso—. No quiero que esas criaturas sospechen nuestra presencia. Es todavía muy temprano para que lo sepan. Y cuando lo sepan... será ya demasiado tarde para ellos...

— ¿Entonces?

—Utilizarás el «revitalizador». En cuanto veas que uno de esos seres muere, le aplicas la corriente del aparato y lo traes. Así, ellos lo creerán muerto y no sospecharán nada.

— ¿Sabes que hay dos clases de criaturas, señor?

—Sí. Poco me importa que sea de un sexo o del otro. He podido estudiar que, salvo en algunos detalles morfológicos sin importancia, son idénticos.

—Está bien.

—Obra con cautela. Ya sabes que nadie debe sospechar que estamos en esta área del Universo. Esas criaturas empiezan a preocuparse más de lo debido en los asuntos cósmicos. Y conviene que sigan especulando sin ninguna clase de pruebas.

—Perfecto.

—Otra cosa. Conviene que obres durante la noche. A pesar de tu completa invisibilidad — tendrás cuidado de tomar una buena dosis de suero Zulkok—, la noche puede proteger mucho mejor tus actos.

—Está bien.

—No tardes mucho. Y ya sabes: procura obrar con toda cautela.

Desplegó las placas comunicativas de las del inspector y volvió a arrastrarse hacia el otro extremo de la espacionave.

«Espero que ésta será la última misión —pensó—. Ya empiezo a estar cansado de tanto trajín...»

III

El director de la prisión miró fijamente a Collie. Evidentemente, aquel hombre no podría regenerarse jamás y él, el director, estaba casi seguro de que aquel preso terminaría en la silla eléctrica.

«Es triste —pensó— que tengamos que poner en libertad a un monstruo como éste. Las Leyes están pésimamente concebidas».

Y en voz alta:

— ¿Contento de salir, Collie?

—Sí.

—Te he buscado trabajo.

Una sonrisa despectiva afloró a los delgados labios del otro.

—Es usted muy amable, director.

—Ya sé que no es ése tu plan. He oído decir que quieres ajustar las cuentas a Joe.

— ¡Ese chivato de Jimmy!

—No te preocupes por él. Lo que deberías hacer es dejar que la Justicia se ocupase de ese granuja. Tarde o temprano, te lo aseguro, caerá en nuestras manos. ¡Si tú hubieses querido declarar contra él!

Collie se encogió de hombros.

—No debería decirme eso, director. Ya sabe que yo no soy, ni lo seré jamás, un alcahuete como Jimmy.

—Haces mal. Es muy probable que no llegues nunca hasta Joe.

— ¡No esté tan seguro!

— La Ley sí que llegará.

— ¡No me haga reír! Joe es demasiado listo para que ustedes le echen el guante. Si tengo que esperar a que lo cojan, tendré que transmitir mis deseos a mis nietos.

El director emitió un suspiro.

—Si tú quisieras —dijo a media voz—, Joe tardaría horas en entrar aquí. Y te doy mi palabra de que haría lo imposible para que lo sentasen en la silla cuanto antes.

—Escuche, director. Jamás me perdonaría hacer una cosa así. Son asuntos personales y ya sabe usted cómo los resolvemos entre nosotros.

—Quieres matar a Joe, ¿verdad?

Collie se puso inmediatamente en guardia.

— ¿Quién ha dicho eso, director? Sólo quiero darle un par de puñetazos.

El otro sonrió, ante la astucia del bandido.

— ¿Crees que tengo una cinta magnetofónica en el despacho,

eh? ¡Eres muy listo, amiguito!

—No lo crea. Si lo hubiese sido, no habría pasado diez años aquí.

—Creí que la lección te serviría...

—Y me ha servido. De eso puede estar usted seguro.

—Está bien, Collie... ¡allá tú! Pasa por las oficinas y que te den tu traje y el dinero que llevabas encima cuando te cogieron. ¡Y que Dios sepa iluminarte!

—Adiós, director.

Veinte minutos más tarde, Collie, vestido de paisano y con un pequeño maletín en la mano, atravesaba el portalón de la Penitenciaría.

Se detuvo junto a la salida, lanzando una mirada al horizonte, donde los rascacielos de la ciudad se elevaban majestuosamente.

— ¡Estoy libre! —exclamó en voz alta.

IV

Small Street era, como su nombre indicaba, una callejuela sucia y sin importancia. Bajando del taxi que le había llevado hasta las proximidades, Collie penetró en un bar donde, con toda seguridad, nadie le conocería.

Diez años era mucho tiempo y había pasado mucha agua bajo los puentes desde entonces.

Pidió un whisky doble y lo bebió de un trago, experimentando una agradable sensación que le inundaba el cuerpo. Después, mirando en derredor suyo, no tardó en descubrir lo que le interesaba.

El chico no debía tener más de once años, pero la colilla que pendía de su labio inferior era ya una marca inequívoca del destino que estaba escrito en aquel rostro pecoso, en aquellos ojos pardos y en la actitud canalla con la que contemplaba a los hombres que jugaban al billar.

Collie se acercó al golfillo, después de haber pagado lo que acababa de beber. Al pasar junto al chico, le tocó en el hombro, guiñándole el ojo y atrayéndolo hacia una mesa alejada, donde se sentaron ambos.

— ¿Qué te gustaría tener en estos momentos, muchacho?

El niño le miró descaradamente, sin soltar la colilla que pendía de su labio inferior; luego, moviéndola al hablar:

— ¿Qué qué me gustaría tener ahora? Un paquete de «Camel» y seis «pavos».

Collie chistó al camarero, que acudió apresuradamente.

—Trae un whisky doble y un paquete de «Camel».

Y cuando el otro sirvió lo pedido y Collie hubo pagado, contó diez dólares y los colocó sobre el paquete de cigarrillos.

—Diez es un número más bonito que seis, ¿no es verdad?

— ¡Claro que sí! ¡Desde luego! ¿Qué tengo que hacer?

—Algo tremendamente sencillo. ¿Conoces Small Street?

—Como la palma de mi mano.

— O.K. Vas a ir al número siete y subirás al tercer piso. No hay más que una puerta. Verás si está allí la señora Curman. Si no está, preguntas a la portera o a cualquier vecino. Deseo una información completa.

—O.K.

Desapareció el chiquillo y Collie se bebió su whisky, esta vez a pequeños sorbos. Entre tanto, su mente trabajaba a ciento por hora.

«No creo que se hayan atrevido a hacer nada a la vieja. Jimmy es un asqueroso embustero y lo que quería era meterme miedo».

Lanzó una mirada entre los clientes del tugurio, fijándose inmediatamente en uno de ellos.

Era un muchacho alto, que bebía junto a una mujer rubia, escandalosamente pintarrajeada. Collie se fijó en lo abultado de su chaqueta y sonrió.

Aquel le convenía.

Fue entonces cuando el golfillo volvió.

— ¿Qué hay? —inquirió ansiosamente el gánster al verle.

—Se la llevaron, amigo. Vinieron dos hombres, con un coche y se la llevaron a ver a un hijo suyo que estaba en la «trena». Eso es lo que me han dicho.

Collie se mordió los labios, entornando los ojos.

— ¿Puedo coger la «pasta»? —inquirió el pequeño.

—Sí. Y gracias.

El otro no contestó y salió corriendo del local, temeroso de que aquel regalo se evaporase.

Collie permaneció aún dos horas en el local. De vez en cuando, pedía más bebida. Sus ojos iban adquiriendo un peligroso brillo metálico.

«¡Los muy hijos de puerca!» —musitaba, entre dientes, de vez en cuando.

Finalmente, el joven que estaba con la rubia se despidió de ésta y salió. Collie salió tras él.

El otro marchaba confiado, sin preocuparse más que de mirar a las mujeres que se cruzaban en su camino. Poco a poco, fue adentrándose en la zona mísera y oscura del suburbio bostoniano.

Collie aceleró el paso.

Llegado el momento, obró con una celebridad portentosa. Un golpe, con el puño, en la nuca, hizo que el otro cayese como fulminado por el rayo. Registrarlo fue obra de media docena de segundos.

Le quitó la pistola, una estupenda «Luger», con tres cargadores que el tipo llevaba distribuidos en los bolsillos. Además, medio centenar de dólares en billetes pequeños.

—No está mal — dijo Collie en voz baja—. Ahora nos toca a ti y a mí, amigo Joe.

V

Joe aplastó otro cigarrillo, a medio fumar, en el cenicero que rebosaba de colillas. Después, levantando la mirada, la clavó en los fríos ojos de Leslie.

— ¡Me ahogo aquí dentro! — dijo.

Leslie se rascó la cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda, antes de contestar. Llevaba la chaqueta entreabierta y el «holster» se veía, asomando por encima de la culata de su revólver.

—Te preocupas demasiado Joe.

— ¿Tú crees?

—Sí. Hay seis muchachos en la calle, once en el salón y yo me he convertido en tu sombra. ¿O es que has tomado a ese Collie por el hombre invisible?

—Tú no lo conoces.

— Hace un mes que no te oigo decir otra cosa: «tú no le conoces: tú no le conoces...» Ya lo sé. Hace diez años, yo tenía doce y no formaba parte de tu banda. Pero, ¡por todos los demonios encerrados, Joe! Al oírte hablar de ese modo, piensa uno que ese tipo es algo único.

—Lo es.

—Figuraciones tuyas. Y, aunque lo fuese. ¿No te das cuenta de lo que transforma a un hombre diez años de reclusión? Durante todo ese tiempo, no ha visto más armas que las metralletas de los guardianes. Y por mucha puntería que tuviese, cuando tú lo conociste, se habrá echado a perder y le temblará la mano en cuando tenga un «cacharro» en ella...

— ¿Temblarle la mano a Collie? ¡Qué imbécil eres!

— Además, la vieja está en el sótano y él ha debido recibir el aviso de Jimmy.

Joe frunció el entrecejo.

—Eso es lo que más me preocupa, Leslie. Creo que hemos cometido un error al meternos con la vieja de Collie; estará loco furioso.

— ¡Mejor que mejor! Así será él quien cometa los errores.

—No sé, no sé.

Y después de una pausa.

— ¡Me ahogo aquí dentro!

—Vente para el salón. No temas nada. Todos los que están afuera, en la calle, conocen a Collie y le «arrearán» en cuanto le echen el ojo encima. El portero también le conoce.

— ¿Y si viene disfrazado?

Leslie lanzó una despectiva mirada al «boss»; se fijó en sus pupilas dilatas por el miedo, en su frente perlada de sudor, en sus temblorosas manos, en la contracción dolorosa que inclinaba las comisuras de sus labios hacia abajo.

— ¡Sal de aquí, Joe, por lo que más quieras!

En el salón, todo iba como de costumbre. Completamente abarrotado, constituía uno de los capítulos de ingreso más importantes de Joe. En la minúscula pista, las parejas se apretujaban y sudaban copiosamente, moviéndose al ritmo del último «cha-cha-cha».

La mirada ansiosa de Joe recorrió el salón lentamente.

— ¿No habrá logrado entrar? —musitó, con voz indecisa.

— ¡No te preocupes más! Si te oyen los muchachos, se enfadarán al ver que no tienes confianza en ellos.

VI

La vieja atravesó lentamente la calle.

Una llovizna persistente había empezado a caer, haciendo brillar los anuncios luminosos sobre la negrura del asfalto, pero la anciana, encorvada, seguía su camino parsimoniosamente, sin preocuparle que sus largas y raídas faldas se mojasen, al arrastrarse sobre el macadán.

Al llegar a la acera, se detuvo, levantó su cabeza, que cubría casi completamente el pañuelo anudado al cuello y avanzó decididamente hacia la entrada del local de Joe.

Desde las puertas de las casas vecinas, los hombres de Joe, apostados y dispuestos a intervenir, la miraron como se mira a una cosa habitual y conocida.

La vieja llevaba un gran cesto con violetas y gardenias.

— ¡Hola, abuela! —saludó el coloso uniformado que había en la puerta, Ella dejó escapar una risita ronca y penetró en el elegante «hall», sin que nadie prestase atención a aquel personaje sobradamente conocido. Ni Doris, la muchacha del guardarropas, que se pintaba en aquellos momentos los labios, se fijó en ella.

La vieja entró en el salón.

Y, como de costumbre, empezó a pasar de mesa en mesa, ofreciendo su mercancía con un gesto, sin despegar los labios. Algunos caballeros, complacientes con las damitas que les acompañaban, se apoderaron de un ramito o de una gardenia, dejando caer un billete estrujado sobre la cestita.

La vieja fue evolucionando despacio, sin prisa, recorriendo periféricamente el salón, procurando pasar inadvertida, moviéndose por los sitios menos iluminados.

Y acercándose a Joe.

Éste, junto, a Leslie, seguía tan nervioso como al principio. Fumaba cigarrillo tras cigarrillo, tirándolos casi enteros y secándose, con harta frecuencia, la frente por la que el sudor se deslizaba a chorros.

La vieja, cuando estuvo cerca de Joe, hundió su mano en las flores que se amontonaban en el cesto…

VII

Peter se pasó la lengua por los resecos labios.

—Daría cien «pavos» por un trago.

—Mira que eres pesado —opinó Harry—. Me estás poniendo nervioso con tu asquerosa sed. ¡Vete a la esquina y bébete un doble! Pero, si tardas más de un minuto, se lo diré a Joe.

— ¡Eres un buen tipo, Harry!

Corrió, a toda velocidad, atravesando la calle. Luego, al llegar a la esquina, se dispuso a pasar al interior de la callejuela donde estaba el tabernucho de Climent.

Entonces tropezó y cayó.

Al levantarse, jurando como un carretero, encendió un fósforo, para descubrir el objeto con el que había tropezado. Entonces, a la luz cárdena de la cerilla, su rostro se puso blanco como el papel.

¡La vieja de las violetas!

Tendida, con la cabeza abierta de un golpe y medio desnuda.

Recordó, sin embargo, haberla visto entrar en el local...

¿Entonces?

Corrió, como un desesperado, llamando a gritos a Harry. Éste y los otros acudieron en tropel.

Bastaron pocas palabras para decirles la verdad.

— ¡La vieja que ha entrado en el salón es Collie disfrazado!

Lo atropellaron todo, portero, las parejas que entraban y salían. Se abrieron paso a empellones, a codazos y repartieron no pocos puñetazos. Una vez, dentro, cruzaron el salón en un santiamén, corriendo hacia Joe, que les miraba con los ojos desmesuradamente abiertos.

En aquel preciso instante, la vieja sacaba la mano de entre las flores y decía, con un tono sarcástico.

— ¡Hola, Joe!

Pero no dijo más.

Cinco pistolas rugieron detrás de él, vertiendo plomo en cantidad. Los muchachos, nerviosos como bailarinas el día del estreno, apretaron y apretaron los gatillos, deshaciendo el cuerpo de Collie.

Una mujer aulló en el fondo del salón.

Pasado el susto, Joe sonrió, sintiéndose el más feliz de los hombres.

— ¡Sacad esa carroña de aquí, muchachos! ¡Y que todo continúe!

VIII

Mik-86-88 hizo que su astronave monoplaza, perfectamente invisible, descendiese un poco más.

Estaba de un mal humor de todos los diablos.

Se había acercado a aquella gran aglomeración de humanos con la esperanza de poder llevar a cabo su misión en el menor tiempo posible.

¡Pero que si quieres!

Su detector había funcionado maravillosamente, llevándole hacia los lugares donde se acababa de producir una muerte; pero, unas veces por una cosa y otras veces por otra, jamás pudo apoderarse del cuerpo que, por otra parte, debía dejar bajo la influencia del «revitalizador» durante un período de cerca de una hora terrestre.

Los cadáveres estaban demasiado vigilados, rodeados de sus deudos o eran conducidos rápidamente a una especie de frigoríficos, bajo la observación de un guarda que no se movía jamás de allí.

¡Qué fastidio!

Se desesperó, durante cerca de más de tres horas, vagando de un lado para otro, guiado por el detector de cadáveres, sin tener mayor fortuna.

Finalmente y cuando temblaba ya al verse obligado a volver a la astronave sin la presa que el inspector deseaba (¡sólo pensarlo le daba horror y escalofríos!), su detector le llevó hacia una calle solitaria donde unos hombres acababan de depositar un cadáver.

El detector le señaló que el cerebro de aquella criatura estaba íntegro, así como el corazón y, seguidamente, Mik-86-88 enfocó hacia aquel cuerpo los potentes rayos de «revitalizador».

Después, sabiendo que tenía que esperar una larga hora, posó sus tentáculos visuales sobre las placas comunicativas, encerrándose en un perfecto nirvana y que era la forma de reposo de los de su especie.

Y, vulgarmente hablando, se durmió como un lirón.

IX

Collie sintió frío. Después, al incorporarse, experimentó una sensación rara. Se palpó el cuerpo, descubriendo los orificios por los que habían penetrado las balas de los «chicos» de Joe.

Y sonrió.

«Soy demasiado coriáceo — se dijo — para morir en las manos de esos perros.»

Lo recordaba todo, desde que había asesinado a la vieja de las flores hasta que, cuando empuñaba la «Luger», habían empezado a dispararle por la espalda.

¡Cobardes!

Llevaba aún las ropas que había quitado a la anciana y se las quitó, bajándose los pantalones que se había remangado. Luego, al ver que iba sin chaqueta y con la camisa empapada en sangre, pensó que lo primero que debía hacer era procurarse algo para poder circular por las calles sin llamar la atención.

Empezó a andar.

Y tuvo suerte. Poco después, en una zona oscura, estranguló a un agente de policía, cuyo uniforme le iba a las mil maravillas. Y, naturalmente, la pistola de reglamento le satisfizo plenamente.

Ocultando el cadáver del guardia, empezó a andar hasta detenerse frente al local de Joe. Todo estaba tranquilo y a poco las parejas empezaron a salir, desfilando los autos con la gente que regresaba a sus domicilios.

Luego salió Joe.

Iba acompañado de aquel tipejo con el que Collie le había visto en el salón y que debía de ser su guardaespaldas.

Por un momento, Collie estuvo a punto de liarse a tiros; pero, pensándolo mejor, dejó que los hombres pasasen a su lado, sin verle, oyendo lo que decían.

— ¿Cogemos el coche, Joe?

—No. Hoy tengo ganas de ir andando. ¡Estoy loco de contento, Leslie! Sabiendo que ese cerdo de Collie ha muerto, la vida me parece de color de rosa.

— ¿Has ordenado algo sobre la vieja de Collie?

—He dicho a Peter que le dé un paseíto por las afueras.

En la oscuridad, Collie se estremeció.

Quince minutos más tarde, los dos bandidos se detenían ante un elegante edificio de dos plantas. Leslie estrechó la mano del «boss».

—No hará falta que me quede esta noche, ¿verdad?

—No. Peggy te espera, ¿verdad, hombre afortunado?

—Sí.

—Hasta mañana.

Collie no entró inmediatamente. Su cerebro trabajaba a presión y mientras paseaba por las calles vecinas, acertó a ver una farmacia de guardia. La idea diabólica iluminó su cerebro.

Entró y el viejo farmacéutico le sonrió, sorprendido de la visita de un agente. En realidad, tuvo muy poco tiempo de asombrarse. Collie le destrozó la cabeza de un culatazo cuando el hombre se volvía de espaldas para dirigirse a la rebotica.

Diez minutos después, Collie estaba ya en la habitación de Joe, que se hallaba profundamente dormido.

Encendió la luz y, con infinito cuidado, logró atar al otro, después de destaparlo, a la cama. En uno de los movimientos, un poco bruscos, Joe se despertó.

Mudo de horror, contempló el rostro de su enemigo y su fantástico disfraz.

— ¡No puede ser! — exclamó, con los ojos desorbitados—. ¡Tú está muerto, Collie!

Rió el otro, sarcásticamente.

—No estoy muerto, cerdo. Ahora vas a pagarlas todas juntas.

Metió un pañuelo en la boca del otro, que había empezado a lanzar alaridos y abrió la caja que había robado en la farmacia. Contenía más de un centenar de agujas para inyecciones.

Con una calma siniestra, fue clavándolas en los puntos más dolorosos del cuerpo del otro que, al principio, se movía desesperadamente; pero que, al percatarse de que el dolor aumentaba al moverse, se quedó quieto, con los ojos dilatados y un horror indecible pintado en el rostro.

Cuando terminó de hincar todas las agujas, Collie soltó a su prisionero y quitándose el cinto del uniforme, le hizo andar por la habitación, riendo al ver la sangre que brotaba de las heridas que el acero iba haciendo, al compás de los movimientos, más y más profundas.

El cuerpo desnudo de Joe estaba tinto en sangre.

Entonces, con una precisión diabólica, Collie empezó a azotarlo, haciendo que las agujas penetrasen hasta la cánula dorada.

Cuando abandonó la casa, Joe agonizaba en el suelo, bañado en su propia sangre.

X

Mik-86-88 se despertó sobresaltado. Sus tentáculos oculares se desprendieron bruscamente de sus placas comunicativas e irguiéndose sobre el único pie, lanzó una mirada hacia la calle.

¡El cadáver «revitalizado» había desaparecido!

Por fortuna, su detector no tardó en indicarle la dirección que Collie había seguido y el ser cósmico puso en marcha su invisible astronave, dirigiéndose hacia los barrios residenciales de la ciudad.

No tardó en hallarlo.

Iba curiosamente vestido, con un uniforme azul marino y una estrella que le brillaba en el pecho. Caminaba por el centro de la calle y el «sensibilizador», al que Mik-86-88 aplicó sus placas comunicativas, le llevó el sonido de la carcajada humana más escalofriante que jamás oyeron criaturas cósmicas o terrestres.

Pero Mik no podía perder más tiempo.

Lanzó su «impulsor», que envolvió a la criatura aquella en brazos invisibles. Luego, oprimiendo un botón, el cuerpo de Collie penetró, sin violencia alguna, en el interior de la astronave.

Un poco más tarde, en ciento doce kilómetros de altura, cuando la criatura cósmica tornó visible su cuerpo y la astronave, Collie se le quedó mirando, con los ojos muy abiertos.

— ¿Conque ahora quieres asustarme con pesadillas, puerco, eh? ¡Si eres el espíritu de Joe, yo tengo unas píldoras para ti!

Y sacando el revólver, disparó todo el cargador sobre Mik.

El ser cósmico se vació como un odre perforado, dejando escapar un silbido prolongado. Pero, desde la astronave principal, posada en la Luna, el inspector interpretó perfectamente lo que había ocurrido.

Y considerando demasiado peligrosa aquella raza y tremendamente peligroso el ejemplar que el imbécil de Mik había cazado, despegó rumbo a su lejana galaxia, dejando que la «monoplaza» de Mik-86-88 siguiese su camino hacia la insondable negrura del vacío…

FIN

¡Impresionante será el próximo título!

EL ALMACÉN DE PERSONAS

Por Louis G. Milk

Aquel planeta parecía muerto, pero Johnny Star sabía que sus millones de habitantes, hostiles a la Tierra, se habían ocultado en un lugar increíble; en...